



Pláticas desde la ventana

Laura Rodríguez Negrete / Elisa Cordero Jahr

Pláticas desde la ventana

Laura Rodríguez Negrete / Elisa Cordero Jahr

Libro editado por Revista AUS
ausrevista.uach.cl
Instituto de Arquitectura y Urbanismo
Facultad de Arquitectura y Artes
© Universidad Austral de Chile, 2024

Diseño gráfico
Eréndira Martínez / ere.cl

Contacto:
lrodriguez@uach.cl
ausrevista@uach.cl

ISBN: 978-956-390-259-4



ARQUITECTURA / URBANISMO / SUSTENTABILIDAD



Universidad Austral de Chile
Conocimiento y Naturaleza



FACULTAD DE
ARQUITECTURA Y ARTES
Universidad Austral de Chile



Universidad Austral de Chile
Instituto de Arquitectura y Urbanismo



ESCUELA DE
ARQUITECTURA
Universidad Austral de Chile

Índice

Página		
10	Prólogo	
14	Introducción	
20	Diálogos Académicos	
25	La restitución del poder	
29	Ahora es el tiempo de un fondo nacional para la ciencia territorial	
33	Durante la marcha: algunos comentarios respecto del Mayo Feminista en Chile	
37	Normativas urbanas, litorales, y bordes fluviales: diálogos entre Derecho y Arquitectura	
42	Transformaciones en la Estructura Urbana	
45	Bordes difusos entre lo urbano y lo rural	
49	La velocidad del río: una respuesta a la rápida dinámica urbana global	
53	Ciudades para un Bicentenario	
57	Bienes públicos versus intereses privados: una discusión en la base de nuestro sistema democrático	
61	Fronteras en expansión: debates y tensiones en el urbanismo actual	
65	La dinámica urbana de Valdivia	
70	Ejercicios Docentes	
73	Chaitén: un desastre y una oportunidad para la innovación	
77	SUBA: un desafío académico permanente	
81	Representaciones de la memoria en un lugar fluvial	
86	Subjetividades Territoriales	
89	Comprender la mente de Dios	
93	La percepción del paisaje: una coordenada elemental para su conservación	
97	Ciudad patrimonial	
101	En el centro del conflicto	
105	El espacio desde la subjetividad	
110	Sentido, Identidad y Diseño Urbano	
115	Identidad y sentido	
119	El derecho a la ciudad	
123	En búsqueda del sentido en la ciudad	
127	La condición de vitalidad en las ciudades	
131	La memoria situada	
135	El confort: pasado y presente en la ciudad chilena	
139	La legibilidad del conjunto urbano	
143	Ciudades lúdicas	
148	Conversaciones al cierre	
151	Acerca de las disputas epistemológicas (parte I)	
155	Acerca de las disputas epistemológicas (parte II)	
159	El origen y el final	
162	Referencias	
166	Créditos de las imágenes	
168	Breve biografía de las autoras	



Prólogo

Miguel Lawner
Arquitecto
Premio Nacional de Arquitectura, 2019.

Estas Pláticas desde la Ventana, asoman como una reflexión lúcida sobre los estragos que el modelo económico y social vigente hace ya casi medio siglo en gran parte del planeta provoca en los espacios urbanos y territoriales, así como en nuestro patrimonio material e inmaterial, con énfasis particular en esta delgada franja de tierra llamada Chile.

En estas columnas nos enteramos del eminente estatuto que ocupa la memoria, progresivamente abandonado por la modernidad, así como de los impactos generados sobre ciudades lacustres por una política de subsidios habitacionales ciega. No obstante ello, tenemos el privilegio de asistir a la aurora de una época que pondrá fin al predominio de los intereses mercantiles, restableciendo el bien común como principio rector en todo orden de cosas.

Efectivamente, gracias a la insurrección popular iniciada a fines de 2019 que movilizó a millones de chilenos a lo largo de todo el país, fue posible desembocar en una Convención Constitucional (aprobada por abrumadora mayoría) que avanza en la elaboración de una propuesta constitucional

que consagrará la recuperación de todos los derechos políticos, sociales, culturales y económicos de los cuales fuimos vilmente despojados.

Los convencionales ya han acordado normas que ponen fin a la irresponsable depredación ambiental generada por la explotación irracional de mares y montañas, así como de ríos, lagunas y humedales.

La pregunta es si seremos capaces de compatibilizar el desarrollo económico con respeto de nuestros incontables valores materiales e inmateriales, y también si estableceremos el reconocimiento de la diversidad de pueblos originarios ignorados, cuando no pisoteados, que poblaron nuestro territorio a lo largo de varios milenios. En esa línea, las universidades, academias y centros de estudios superiores deben asumir la responsabilidad de cambiar de raíz su orientación servil al sistema neoliberal vigente hasta ahora. No será una tarea fácil. La mayoría de las universidades extranjeras que imparten estudios superiores preparan a sus alumnos para ser eficaces al modelo económico y social que los chilenos estamos impugnando.

Vaya a saber qué nos depara el destino. Fuimos conejillos de india cuando en Chile se impuso el modelo neoliberal que más tarde se extendería a casi todo el planeta. Así como se orienta nuestra Convención Constitucional, es posible que seamos los primeros en sepultarlo.

En este contexto, las escuelas de arquitectura tienen un desafío mayúsculo. Los estragos provocados en nuestras ciudades son incontables: autopistas urbanas que destruyen la integración de nuestros barrios; centros comerciales gigantescos que acaban con la necesaria existencia del comercio local; torres habitacionales enormes que se levantan sin medir sus impactos

negativos en los barrios adyacentes; fondos de inversión que irrumpen en el mercado de la vivienda para favorecer a un puñado de superricos que adquieren decenas de departamentos, exacerbando la especulación con los alquileres; e incremento inédito de tomas de terreno, campamentos y familias que se cobijan bajo una carpa en plazas o espacios públicos.

La pandemia que azota a todo el mundo confirma que solo un Estado fuerte es capaz de enfrenta semejante flagelo. Ese principio representa la coalición de gobierno que eligió al actual mandatario de Chile.

Nuestro país no será el mismo de ayer. El desarrollo vertiginoso de las telecomunicaciones para enfrentar actividades fundamentales ha generado cambios cualitativos en nuestra vida cotidiana, así como en la educación, el comercio, el esparcimiento, los espectáculos artísticos, culturales y deportivos, y el turismo, entre otros.

La proliferación del trabajo y de la educación en casa disminuirá la presión sobre los medios de locomoción colectivos y particulares. Nuestras ciudades podrán recuperar los espacios comunes usurpados por estos medios de transporte. Volveremos a disfrutar de amplias veredas y avenidas arboladas. Se multiplicarán las ciclovías y la bicicleta pasará a dominar los medios de transporte, para bien de nuestra salud física y ambiental. Generosos estacionamientos de bicicletas estarán coordinados con las estaciones del ferrocarril metropolitano.

El incremento inverosímil del comercio vía *delivery* permitirá a los productores la entrega directa de sus artículos al consumidor, prescindiendo de los grandes almacenes. En los próximos 10 años, confío en que desaparecerán

los *mall*, engendros avasalladores de la armonía urbana. En cambio, se restablecerá la fuerza del comercio local, vigorizando la vida y la amenidad de los barrios.

El cambio en las viviendas será igualmente significativo, ya que deberán considerar espacios para el teletrabajo y la teleeducación. El aseo de los hogares y la preparación de alimentos serán preferentemente automatizados.

La igualdad de género se expresará en toda clase de actividades y responsabilidades, salvo en los países islámicos, donde tomará más tiempo superar sus prejuicios seculares.

Valorizo estas Pláticas desde la Ventana como un fiel relato del mundo que nos ha tocado vivir en estos últimos años, más para mal que para bien, observado desde la ribera de las aguas que cruzan nuestra bella ciudad de Valdivia.

Mayo, 2022

Introducción

Laura Rodríguez
Profesora Asociada, Instituto de Arquitectura y Urbanismo.

Elisa Cordero-Jahr
Profesora Auxiliar, Escuela de Diseño.

Facultad de Arquitectura y Artes,
Universidad Austral de Chile, Chile.

Conversar respecto de las materias urbanas es siempre mejor desde una ventana pues abre posibilidades y nuevos puntos de vista. Desde nuestro propio confinamiento, una ventana permite abrírnos al exterior de la vecindad, de la ciudad, del mundo. “Lo importante es poder asomarse y, con ello, salir por unos momentos, siquiera mentalmente, del propio recinto”; esto es, por lo menos, a lo que nos invita Ferrater Mora (1986, 12).

Partiendo desde la intimidad de un edificio se extiende a la vecindad, conectada por este orificio, permeable a las infidencias del sustrato que alimenta a aquello que llamamos comunidad. La ventana no es un umbral como la puerta, que se conjuga en el movimiento de salir o entrar, abandonar o regresar. La ventana solo admite el verbo de asomar y por eso, es breve. Las ventanas han sido siempre importantes en la vida de nosotras, las mujeres.

No podemos olvidar que, en tiempos pretéritos, las mujeres estuvieron confinadas al interior de las viviendas, donde incluso se hicieron ventanas para que pudieran mirar hacia afuera sin ser vistas desde el exterior.

Jamás ensimismada, la ventana-vitrina satisface la conveniente ocupación de quien gusta de la conversación corta, pero penetrante. A través del recuento susurrado, se dialoga sobre lo advertido en el transcurrir cotidiano, pero también se discute de menesteres aún por acontecer. Ferrater Mora considera que “es posible que algunos seres humanos no necesiten ventana al mundo, que les baste lo que, como decían los estoicos, se halle “a mano”. No estoy muy seguro que ello sea una virtud. Puede muy bien ocurrir que lo único que este “a mano” sea uno mismo” (1986, 12).

Este libro es un intento, quizás hasta algo fatuo, de conversa vivaz entre ventaneras, que de tanto en tanto y entre la obligatoriedad de lo usual, sustituyen esa habitualidad por la satisfactoria plática, donde una le cuenta a la otra lo que ha llamado su atención. En un intento fugaz por situar el tema urbano dentro de la contingencia que nos toca vivir, se discuten en este texto algunos temas apremiantes; otros pueden no ser tanto. Las pláticas se suceden entre los interlocutores, sancionando la conversación en un período breve, excluyendo algunos tópicos de difícil conclusión o provocando nuevas hendiduras en los discursos oficiales de la ciudad.

Son más de 15 años de comunicación ventanal, donde lo que más hay es un poco de todo. Incluso algunas pláticas pueden parecer salidas de una mirilla roñosa y desvencijada, donde el lector –aquél que sobrevive un hábitat menoscabado– puede sentirse, en algunos casos, interpelado. Nuestras ventanas son de esa madera húmeda, de aquellas calles recorridas hace 40

o 50 años, pero también son aquellas calles del mundo. Lo que acontece en este libro no es solo de esta ciudad –donde habitamos– sucede en otras tantas más. Nuestra realidad se ha vuelto simultánea, una realidad presente aquí y en muchos lugares a la vez.

El texto está dividido en cinco secciones –que agrupan a diversos temas– y un apartado final cuyo propósito no es cerrar el tema urbano, sino lo opuesto, abrirlo a nuevas exploraciones. Sin pretender ser escritos acabados respecto de dichos acápites, sugieren una lectura inicial y exploratoria que, tal como dice el título, permita abrir las ventanas para oxigenar el diálogo de nuestras ciudades.



Diálogos Académicos

Hemos comenzando por aquí no solo porque fue el primer texto aparecido en la Revista AUS, hace ya más de 15 años, sino porque la Universidad –como institución dedicada al proceso de producir conocimiento y formar estudiantes– ubica el dialogo en el centro de su actividad. Es evidente que, a veces, la discusión fecunda escasea, lo cual no implica su inexistencia. Es solo que, por múltiples factores, en ocasiones el debate ha sido limitado, conducido y reorientado, inhibiendo el desarrollo libre del pensamiento.

Algunos autores han evidenciado ciertas controversias respecto de la libertad académica, puntualizando restricciones severas para el desempeño del disenso al interior de las instituciones. Las limitaciones existentes son significativas, sobre todo en las crisis periódicas que afectan a los regímenes de gobierno y en particular en países con democracias ausentes o débiles. Aquí comienza a contar la libertad académica con restricciones, supervisada por los Estados, quienes –a través de sus diferentes organismos– pueden recortar el financiamiento para investigación y así entorpecer el diálogo fecundo .

Otro asunto, aunque relacionado con lo anterior, es el creciente aumento del gerencialismo en las universidades. El progresivo poder de administradores disminuye la libertad académica o, por lo menos, tiene repercusiones sobre el desarrollo de las mallas curriculares y, en último término, sobre el control de la sala de clases (Altbach 2001).

En nuestra universidad¹ hemos tenido la suerte de contar con grandes intelectuales quienes, de una manera u otra, nos han impregnado con sus reflexiones, llevándonos a terrenos insospechados e iluminando el camino con su elocuencia. Aquí es preciso detenerse y nombrar a quienes, con su prolífico trabajo, han hecho de esta una gran universidad. Personas como Claudio Donoso Z. (QEPD), nos han permitido constatar en el camino cómo el neoliberalismo está cambiando nuestra forma de construir el sentido del mundo, tanto como individuos y como académicos y profesionales. La academia ha tenido un lugar gravitante, por lo menos en las sociedades del mundo occidental. En ese rol, ha debido entrar en una serie de emprendimientos, entre ellos la *clientelización* de los estudiantes, la autorregulación de sus procedimientos, el elogio extremo de la transparencia –tal como lo advierte Byung Chul Han (2013)– y la protocolización excesiva de sus estrategias educativas (Harris 2005).

Dentro de estas conversaciones públicas también hemos dejado un espacio para hablar de nuestras limitaciones. No solo nos referimos a las materiales, sino también a las barreras que hemos debido sortear en el proceso de posicionar un enfoque de género al interior de la academia. La universidad, tal como lo muestra Bourdieu en su libro *Homo Academicus* (2008), es un espacio de poder, donde el prestigio y la notoriedad intelectual de los académicos tienen una estructura jerárquica compleja. Por eso, nuestras

conversaciones han podido incluso volverse ásperas y penetrantes, al examinar estas estructuras de poder académico; no obstante, sigue siendo necesario abordarlas al interior de las instituciones de educación superior.

¹ Universidad Austral de Chile, creada en 1954 en la ciudad de Valdivia, Chile.



La restitución del poder

Nº1, 2006

A finales de septiembre recibimos, en la Universidad Austral de Chile, la ilustre visita de distinguidos chilenos que viven en el exterior; la nómina contó con Guillermo Muñoz, pintor; Fernando Krahn, dibujante y Borja Huidobro, destacado arquitecto Premio Nacional de Arquitectura 1991. La actividad se enmarcó dentro de la iniciativa “Región XIV: Diálogo para el Reencuentro”, cuyo objetivo central era pensar en el Chile de los próximos 100 años; se trató de una propuesta desafiante y tremendamente compleja. Interrogar a los personajes ya era todo un acontecimiento intelectual de singular relevancia; más aún si el tema era este país que, según expresaron, solo recuerdan como su casa cuando se encuentran en su propio hogar (España y Francia).

El diálogo se prolongó hasta el infinito; muchas elucubraciones, muchas fantasías y algunas duras críticas para la blindada Concertación, coalición que ha gobernado el país durante los últimos 15 años. Mirarse desde afuera –en mi opinión– no siempre es una experiencia placentera, y más aún con estos ojos foráneamente chilenos. Al mirar a Chile desde el exterior y al futuro desde el presente –desde tres disciplinas y tres historias de vida–

la mirada no podía ser sino de múltiples registros. Es así que Krahn nos caricaturizó como una mala copia de la farándula española, refiriéndose a las comunicaciones, arquitectas paradigmáticas de una meliflua nación.

Muñoz, por su parte, no nos permitió olvidar que vivimos en un país subdesarrolladamente regionalizado, compartimentado en 13 regiones – expectante ante la creación de dos más– donde la región central se ubica en el sector alto de Santiago –y concentra la mayor riqueza del país– y el resto es la región periférica, excéntrica, el borde provinciano, margen del desarrollo. Este pintor realista, quien salió de Chile hace 26 años, nos empuja brutalmente a enfrentar el Chile de hoy “donde hay que cambiar absolutamente todo”, según sus propias palabras. En el Chile actual se nos despoja de todos los derechos; se nos priva de una educación de buena calidad, de un sistema de salud adecuado, de una vivienda justa y de un empleo satisfactorio y debidamente remunerado; miserias tan excesivas que son imposibles de enumerar.

Finalmente, le tocó a Borja Huidobro hablar sobre los sueños, porque hablar sobre los próximos 100 años solo es hablar acerca de las ilusiones de cada uno. El gran sueño de Huidobro se entretejió con la sociedad civil y el desarrollo de las competencias que esta tiene para llevar a cabo sus propias utopías. Esto es especialmente así en una sociedad joven como la nuestra, una cultura nueva que –aprovechando el vertiginoso desarrollo tecnológico mundial– acorta la brecha soslayadamente. De acuerdo con Huidobro, resulta fundamental construir solidaridades, primordialmente entre comunidades similares que comparten una historia en común de dominio y explotación.

Borja, –según mi lectura subjetiva– transmitió la necesidad de vivir de manera

apasionada y, en este sentido, destacó nuestros privilegios: vivir en un país con una naturaleza exuberante donde la soledad –no la perjudicial que daña el alma, sino más bien la que recompone– es un bien gratuito, un *bonus track* del paisaje. Agrega que se puede transitar – kilómetros y kilómetros y no ver a nadie. El gesto poético de abrir sus brazos y decir que se puede caminar así y no chocar con persona alguna es un tesoro afincado en el corazón de quienes han vivido para contarlo. Mirar el horizonte, el Océano Pacífico, y perderse en el infinito sin registrar ni un solo barco es un nuevo nirvana para los viajeros de países sobrecargados.

Debo decir, o más bien quiero expresar, que todos estos discursos me representan, todos en sus propias singularidades, en sus generales puntos de vista; no obstante, las palabras de Borja Huidobro me consuelan, quizás porque en lugar de padecer la permanente afrenta de nuestras elites empresariales, políticas, eclesiásticas, intelectuales y gremiales, me restituyen el poder, el control del propio destino.



Ahora es el tiempo de un fondo nacional para la ciencia territorial

Nº13, 2013

Si hubiésemos destinado, como país, suficiente financiamiento para estudiar el territorio nacional; las dificultades que enfrenta, los desafíos pendientes, pero también los importantes potenciales que encierra, quizás incluso habríamos podido entender su profunda e imbricada articulación con la identidad nacional. Se trata de una materia de la mayor relevancia, no solo en el presente, sino sobre todo para el futuro. En virtud de lo anterior, habríamos podido consensuar que, siendo la identidad no solo depositaria de una memoria nacional, forma parte también del proyecto que queremos construir como sociedad. Por lo tanto, descifrarla es también una tarea urgente para el desarrollo territorial.

La verdad de los hechos es que nada de eso hemos podido llevar a cabo y el debate sobre ciencia, particularmente respecto de las ciencias espaciales, brilla por su ausencia en el acontecer nacional. Con un país atrapado en la máquina centrífuga del proceso electoral, nuevamente estamos enfrentados a los vaivenes eleccionarios de quién resulte vencedor o vencedora para ajustamos mejor a la realidad de los hechos. Basado en nuestros registros

memoriales, quien regente el Palacio de La Moneda en Chile tendrá la política –que no es política– de hacer como se ha venido haciendo. Según las sensibilidades que represente su conglomerado, dará un poco más o menos dinero a las áreas que considera no pueden estar al margen de la investigación nacional.

Por otro lado, en nuestra identidad persiste y se agudiza –a pesar del transcurso de los siglos– un rasgo esencial de nuestra cultura: la tozuda tendencia hacia la concentración en todas las áreas. Este atributo está presente desde tiempos de Diegos Portales, cuya natural desconfianza hacia las regiones del país –por considerarlas de naturaleza salvaje– estableció para la incipiente República una doctrina férrea de centralismo capitalino. El tutelaje del poder, en el amplio sentido de la palabra, radicado en Santiago, aplastó la diversidad natural de un territorio largo y heterogéneo. Hemos ido así construyendo un país donde la riqueza se concentra en unas pocas familias, una población concentrada en la región central y tantas otras concentraciones de las que hemos podido dar fe. Lo propio ha hecho la ciencia en Chile.

Fondos tales como el FONDECYT contribuyen a aumentar la masa crítica científica, qué duda cabe, incluso con todas las limitaciones que contiene. Sin embargo, sigue siendo un aporte minúsculo a la hora de generar diversidad de investigaciones y de investigadores, y desconcentración territorial. Desafortunadamente, en la actualidad la tendencia que se observa es más bien a financiar grupos consolidados de investigadores en las tres o cuatro universidades más importantes del país. Con montos millonarios, presenciamos la consolidación de grupos pequeños, concentrados territorialmente. En un país donde no hay suficientes investigadores, el resto de los excluidos tendrá

que pelearse los escasos recursos, dependientes de proyectos pequeños, que, comparados con los anteriores, son fondos verdaderamente exigüos. Esto es particularmente notorio en disciplinas cuya competencia principal no está enmarcada en ámbitos científicos tradicionales.

Mientras tanto, tenemos un territorio que sufre las privaciones derivadas de la concentración. Solo basta ver cada fin de semana largo cómo sufren las autoridades con los santiaguinos que abandonan y luego intentan retornar al concentrado Santiago. Con un país que llega rápidamente al 90% de urbanización, es hora de prestar atención a las ciudades que capitanean las regiones y a las que no tanto. Donde cada capital regional también obstruye en alguna medida el desarrollo del resto de la región tenemos a Edipo disputando el poder del padre; territorios que han sido víctimas del centralismo se convierten, a su vez, en victimarios de quienes habitan en ellos.

Es urgente implementar un fondo que investigue el territorio, pero no con la lógica de la concentración sino más bien desde la vereda opuesta. Urge implementar fondos descentralizados donde cada región o provincia pueda entender las causas primeras de sus problemas y las alternativas para salir del estado de estancamiento en el que se encuentra. Como se ha dicho al inicio, nuestra identidad es también un proyecto a construir y la urgencia de avanzar hacia mejores condiciones para la población sitúa el futuro del país en el presente de las preocupaciones.



Durante la marcha: algunos comentarios respecto del Mayo Feminista en Chile

Nº23, 2018

Mayo 2018, ha iniciado una vez más –tal como ha sido en la historia de los movimientos sociales chilenos– una nueva interpelación al poder y a las autoridades de turno, pero esta vez alude en particular a las reivindicaciones feministas. A lo largo del país y en distintas universidades – movimiento que se inició con la paralización en la Universidad Austral de Chile– las mujeres han tomado un lugar por y para sí mismas (Huenulef Delgado y Vargas Cárdenas 2020).

Las estudiantes han entendido que bajo ninguna circunstancia lograrán desplazar el orden de lo establecido y que las prácticas y la normatividad masculinizada por siglos de hegemonía solo pueden erradicarse mediante paralizaciones y tomas sistemáticas del centro de cada institución educativa. Más aún, ellas han comprendido que, de seguir el curso de los hechos, continuarán siendo sujetos subordinados y ausentes de la historia de la humanidad. Pero junto con todas las demandas realizadas por las mujeres respecto de los actos de discriminación, violencia y desigualdades frente al desarrollo humano, laboral y de inclusión, vale la pena, –desde las

comunidades educativas– preguntarnos ¿por qué es necesario visibilizar el trabajo de las mujeres, entre otros muchos aspectos, en las esferas de la ciencia y la investigación científica?

En la pluralidad del trabajo que han llevado a cabo las mujeres –y aquí me referiré en específico a las que se desempeñan en las humanidades y las ciencias sociales, sin desmedro de que otras autoras puedan sentirse convocadas por este texto– las distintas investigadoras destacan que la labor de las mujeres reviste en sí una singularidad por el enfoque que utilizan. Los fenómenos a los cuales estas prestan atención implican un universo problematizado que, sin embargo, ha estado ausente hasta antes de la incorporación del género femenino.

Las ciencias espaciales, específicamente la geografía y los estudios urbanos, de los cuales quiero hacerme cargo en este texto, han desarrollado un trabajo profundo y crítico. Al respecto, destaco autoras como Linda McDowell y Joanne Sharp, con “Space, Gender, Knowledge” (1997), libro editado con la participación de varias autoras quienes reflexionan en profundidad acerca de la geografía feminista. Ambas lograron editar un texto colaborativo en distintas materias geográficas, con diversos enfoques teóricos y propuestas metodológicas, permitiendo una aguda mirada a la inserción de las perspectivas de género en la disciplina. Dentro de esto también se distingue el texto de Doreen Massey titulado “Space, Place and Gender” (1994), cuyo enfoque teórico sentó las bases para incorporar la categoría de género, además de la clase y la etnia, a los fenómenos estudiados. Por otro lado, autoras tales como Gill Valentine y Gillian Rose han prestado atención a los espacios que desafían las estructuras heteronormadas. Por último, en los estudios urbanos y arquitectónicos, es importante relevar el trabajo de Dolores Hayden. Las revistas indexadas que

han publicado sus trabajos también son importantes dentro de las disciplinas; particularmente la destacada *Professional Geographer*, que ha divulgado artículos de algunas de ellas. Sin embargo, las investigadoras también han creado nuevas revistas para publicar estudios de género dentro de la geografía, entre ellas *Feminist Geography*.

A pesar de lo fecundo del trabajo realizado desde la academia anglosajona, estas temáticas han ocupado un lugar bastante menos destacado en las preocupaciones de la geografía castellana, especialmente en América Latina, donde la investigación es más bien marginal. Para revertir esta situación de desventaja dominada por visiones hegemónicas patriarcales, la perspectiva de género debe ser singularizada. Ello se consigue incorporando estas posiciones a la institucionalidad dedicada al financiamiento de la investigación, creando nuevos métodos de publicación o valorando el trabajo colaborativo en la forma de edición de libros. En este sentido, la Revista AUS ha contribuido al reconocer en un artículo el aporte de las mujeres en los últimos 10 años de la revista (Rodríguez, Cordero y Alarcón 2016). Con lo anterior podremos comenzar a dar respuesta a algunas de las demandas planteadas durante este mayo feminista en Chile y establecer en justicia algo que la humanidad nunca debió perder: la valoración de todos quienes formamos parte de las comunidades educativas.



Normativas urbanas, litorales, y bordes fluviales: diálogos entre Derecho y Arquitectura

N°24, 2018

Recientemente en Valdivia, al inicio del mes de octubre, se celebró en la Universidad Austral de Chile el seminario “Normativas urbanas, litorales y bordes fluviales: diálogos entre Derecho y Arquitectura”. Este evento, organizado por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y la Facultad de Arquitectura y Artes, se planificó bajo el supuesto que las temáticas territoriales, siendo materias complejas, deben tener una aproximación multidisciplinaria para conceptualizar y dar respuestas a los conflictos crecientes en estas zonas.

Los expositores invitados al diálogo trajeron a la mesa gran diversidad de temas vinculados con el territorio, la normativa, el desarrollo socioespacial y la política. Aun cuando la discusión puso gran énfasis en temas urbanos, el contexto rural siempre estuvo presente, gravitando dentro de la difusa frontera constituida entre ambos espacios.

La lectura que se puede realizar de este seminario es concluyente y reafirma la urgente necesidad de involucrar a las distintas disciplinas cuando se trata

de temas territoriales. Esto último especialmente cuando se articulan el agua y la tierra, zonas a veces de difícil delimitación. En la oportunidad se habló de la gran dispersión de normativas que rodean estos frentes acuáticos, pero también de historias de comprensión, metodologías para su organización y un sinfín de otras materias, todas de gran significancia para el óptimo desempeño de estos lugares.

Sin embargo, también queda la convicción de una tarea aún no resuelta para abordar el problema que rodea a estas zonas. Dentro de esto último, por supuesto, la política estuvo presente, ya que estos espacios constituyen contextos de poder. Basta pensar en el reciente dictamen del Tribunal Internacional de La Haya, el cual, frente a la demanda de Bolivia, entregó un veredicto favorable a Chile. Nuestro país, con más de 4.000 km de costas, debe impulsar un desarrollo con mayor responsabilidad y urgencia respecto de cómo administrar los frentes acuáticos.

Las exposiciones de los académicos invitados de otras universidades –como la Pontificia Universidad Católica de Chile (Dr. Rodrigo Hidalgo) y la Universidad Alberto Hurtado (Dr. Enrique Rajevic), junto con los académicos de ambas facultades organizadoras (Ciencias Jurídicas y Sociales y Arquitectura y Artes)– pusieron en evidencia que, debido a la contienda de usos que se dan en estos sectores, se trata de terrenos polémicos.

El territorio hoy está en disputa y los significados que se le atribuyen muchas veces son incluso discordantes entre sí. Por un lado, está la presión inmobiliaria y por otro, los usos tradicionales e históricos. Además, en la actualidad se suman las nuevas zonas donde se realizan actividades extractivas. Todo lo anterior produce un conflicto, al cual, hasta ahora,

las disciplinas no han podido dar una respuesta apropiada y eficaz para solucionar lo que queda en la centralidad y que corresponde a estas zonas como bienes de uso público.

Es necesario seguir dialogando entre las disciplinas. En este sentido, la universidad es el entorno ideal para hacer coincidir valores comunes a la población. Por lo anterior es que se hace urgente sensibilizar a la comunidad no solo universitaria, sino también en general, respecto del valor de conjugar el buen desempeño futuro de estos frentes acuáticos, junto con la necesidad de resguardar el bien público. En conclusión, podemos establecer que siempre deberá primar el resguardo de los bienes que son de todos los habitantes y los frentes acuáticos sin duda pertenecen a este ámbito.

³ En el año 2006, se crea la Región de Los Ríos, XIV región, con capital en la ciudad de Valdivia. Antes de esto la ciudad era parte de la X región de Los Lagos.



M. VALDÉS
PTE.

NI PERIR
NI OLVIDAR
CONFINADO
ASESINO



NO +

ESTÁ
ALLE

AI
PIA

Transformaciones en la Estructura Urbana

La ciudad siempre está cambiando. El principio universal de Heráclito establece que todo se transforma y nada permanece estático. Siendo la dinámica de una ciudad un enfoque que ha sido abordado en primera instancia por las ciencias económicas, sin duda tiene una perspectiva que se juega primordialmente en el espacio. De ahí que las ciencias geográficas y urbanas hayan prestado especial atención a sus componentes, orígenes y consecuencias.

Sin duda las transformaciones son afectadas por los modelos económicos, sociales y políticos imperantes. Algunos cobran vigencia en determinados períodos de la historia y son especialmente notorios y con suficiente importancia para impactar la vida de los habitantes. Otros cambios son más imperceptibles, pero, aun así, su persistencia termina de hacerlos apreciables en el espacio.

En consecuencia, a continuación podemos apreciar –en un breve recorrido– algunas de las transformaciones que han tenido lugar en la ciudad. Evidentemente todas las dinámicas, que aún son limitadas, también

traen consigo resistencia producida por la fricción entre los cambios y los habitantes. De alguna manera, lo que hemos vivido en el último tiempo en Chile es reflejo de lo anterior. Sin entrar en diálogo sobre el Estallido Social² –que amerita mayor reflexión, una revisión más profunda y quizás mayor distancia temporal– hemos podido presenciar la transformación vertiginosa de las ciudades chilenas. Un proceso de *bunkerización* del espacio urbano, donde cada una de las instalaciones –que la ciudadanía consideró abusivas– fueron atrincherándose dentro de una envoltura metálica, modificando completamente y en muy poco tiempo el paisaje de cada ciudad.

Por eso adherimos a la idea de que los cambios, en ocasiones, son tan rápidos que no pueden ser representados a través de los dispositivos tradicionalmente contruidos para tal efecto. Esto último es lo que subyace en la llamada Teoría No Representacional, la cual establece en el centro de su conceptualización ser una “geografía de lo que pasa”. No obstante, muchos no admiten esta posibilidad, quizás porque aún no estamos preparados para conocer y entender el mundo desde una abstracción que no lo congele. Así al menos dice la leyenda en torno a Galileo, quien después de haber negado sus descubrimientos, frente a un tribunal católico, dijo en voz baja -“*Epper si muove*”- (“Sin embargo se mueve”), episodio relatado por Bertolt Brecht en su obra “Galileo; a play” (Brecht 1966).

² Gran movimiento social originado en Chile el 18 de octubre de 2019 a partir del alza de los pasajes del tren subterráneo en Santiago. Todas las ciudades del país se movilizaron, para posteriormente enfriarse a partir de marzo de 2020, con la llegada de la pandemia del Corona virus.



Bordes difusos entre lo urbano y lo rural

Nº2, 2006

Así, observamos con estupor cómo las ciudades se extienden más allá del radio urbano, más allá de su marco regulatorio, más allá de la razón que las creó en primera instancia. En la búsqueda de la apacible vida de campo (eso sí conservando los beneficios de vivir cerca de la ciudad), los suburbanos amplían las avenidas, la recolección de sus desechos, la congestión vehicular y tantas otras singularidades propias de la ciudad. La frontera urbano-rural se hace permeable a estas intromisiones urbanas en el campo, fracturándolo territorial y culturalmente. En este difuso borde se da también otro tipo de incursión que va en sentido opuesto a la anterior. El campo, sus prácticas y sus economías, se internan también dentro de las ciudades; claro está, con menos pompa que la suburbanización. Sin aparecer en las estadísticas oficiales y en los medios de comunicación de masas. Sin estar presente siquiera en la retina de los discursos oficiales, la producción de alimentos en huertas familiares –comúnmente conocida como agricultura urbana– se introduce en múltiples barrios con suficiente capital social para engendrar una economía complementaria para la prosperidad humana.

Un caso evidenciado en la ciudad de Valdivia, Región de Los Lagos³, corresponde al barrio de Las Animas, borde norte de la ciudad. Pequeños productores cultivan en sus patios familiares bienes de consumo (hortalizas) para sus familias o, en algunos casos, alimentos que pueden intercambiar por otros productos. Así contribuyen al fortalecimiento de la identidad del vecindario, favorecen la ocupación urbana y mejoran la dieta de sus pobladores.

Sin embargo, en esta misma ciudad hay vecindarios de menores ingresos –con problemas agudos de alimentación– que derrocados por las políticas del sistema se encuentran confinados a un estilo de vida insano. Estos asentamientos (comúnmente conocidos como proyectos de vivienda social) han sido construidos en espacios categóricamente limitados. Poblaciones localizadas en la periferia sur de Valdivia reúnen la desafortunada fórmula del reducido espacio de las viviendas, multiplicado por el inexistente espacio público, donde el común denominador resulta ser la pobreza. La gravedad de la situación agobia a los vecinos quienes, incapacitados de realizar actividades productivas en el espacio público del vecindario, deben trasladarse enormes distancias para generar recursos y satisfacer sus necesidades básicas.

La restricción espacial que aquí limita el sentido de comunidad –destruyendo la posibilidad de tener una buena dieta y de contribuir a una ciudad más sustentable– dificulta la transición de lo urbano a lo rural. La periferia marginal, concebida como un bloque denso en muchos casos amurallado

³ En el año 2006 se crea la región de Los Ríos, con capital en la ciudad de Valdivia. Antes de esto, la ciudad era parte región de Los Lagos.

mediante barreras naturales o simbólicas, estimula el salto de la ciudad sobre estas para seguir en su trayectoria de engullimiento del espacio campesino.

Existen muchas fórmulas y quizás todas han sido probadas para el borde urbano. No obstante, esta última parece ser la peor, la más desalentadora, ya que fortalece el urbanismo de blindaje y concentra la pobreza amurallándola en su dimensión cíclica. Aquí prevalece la idea del cordón marginal bordeando la ciudad y muy lejos, a la distancia, una colorida y difusa franja suburbana que se adentra en el territorio amenazando el futuro de la vida rural; devorándose a sí misma, le infringe una herida mortal a la ciudad. La suburbanización, no puede vivir dentro de la ciudad, pero sin esta (la ciudad) esta franja sucumbe en su intento de emancipación.



La velocidad del río: una respuesta a la rápida dinámica urbana global

Nº4, 2008

El *fast food* surge después de la Segunda Guerra Mundial con las cadenas de restaurantes de comida rápida, la más emblemática de las cuales quizás sea McDonald's. Esta multinacional, junto con Coca-Cola, son para la población mundial un reflejo del proceso más connotado de los últimos tiempos: la denominada: "globalización". El efecto subyacente aparejado con las estrategias de marketing diseminadas a lo ancho y largo del planeta convirtieron el *American Way of Life* en el sueño recurrente de los habitantes, especialmente de países golpeados por distintas calamidades.

Esta imagen trastornada de un modo de vida hizo que hordas de habitantes se precipitaran a consumir desenfrenadamente alimentos considerados parte de la "vida moderna". A poco andar, el uso que se dio al término *fast food* configuraba una circunstancia mucho más compleja que la sola referencia alimentaria; indicaba, entre otras cosas, una manera de diseñar las ciudades y ciertos hábitos de trabajo, vivienda, recreación, todo en el marco de una propuesta corporativa.

Sin embargo, tímidamente comienzan a surgir algunos actos de resistencia local a estas imágenes corporativas sintetizadoras del efecto “modernizador de la sociedad”. Así, aparecen ejemplos de cadenas de comida rápida que, al insertarse en ciudades como Ottawa (Canadá) o Londres (Inglaterra) – poseedoras de un fuerte sentido de identidad espacial– deben obedecer normativas sobre altura y fachada de los edificios, entre otras regulaciones.

En la línea no solo material sino también discursiva, se evidencian posiciones más complejas cuya retórica va por el lado de fundamentar un nuevo estilo de vida. Este es el caso de las algunas ciudades italianas, donde se origina el *Slow Movement* (curiosamente, la resistencia italiana al *fast food* se expresa en inglés). Estas ciudades están por bajarle el ritmo a la vida contemporánea, implementando una serie de estrategias urbanas que restituyan el valor de la lentitud en la vida cotidiana.

En la periferia de los círculos del poder mundial, alejada incluso del señorío de la ciudad capital, emerge desde el Sur la contestación a la pandemia de la velocidad moderna. Aquí, en la ciudad de Valdivia, el río define el tiempo, el ritmo merecedor de un buen vivir. Todo anda sin prisa, “a la velocidad del río” (concepto acuñado por el arquitecto Gonzalo Martínez de Urquidí). La vida se desarrolla con la rapidez que tienen las aguas del Calle Calle al atravesar la ciudad. Imaginar la inyección de una celeridad mayor a la ciudad sería como pretender que las aguas del curso fluvial súbitamente agilicen su pausado escurrir. Proceder así amerita una operación de ingeniería mayor, es decir, alterar el cauce normal del elemento. Tal como añadir velocidad a la urbe supone una operación industrial, no solo en sus sistemas de circulación, sino al mismo tiempo intervenir el sistema social y cultural avecindado desde los orígenes del emplazamiento humano.

Ahora bien, el patrimonio edificado con esta característica se puede desperdiciar si no lo consideramos tal y como es; un bienpreciado que, por lo tanto, es necesario que los ciudadanos lo valoren y acrecienten. Esto último considera algunas medidas urgentes que orienten nuestra ciudad en esa dirección; por ejemplo, consolidarla lo más posible como ciudad peatonal, con un fuerte estímulo de medios de transporte no contaminantes y públicos, con una extensa red de áreas verdes y de libre acceso, con sectores residenciales mixtos (vivienda, trabajo, equipamiento público, comercio y recreación) y, por sobre todo, con una valoración de la velocidad a escala humana.

Con la profundización de los valores, que por ahora están en pañales, podremos constituirnos en una respuesta urbana a la condición deshumanizante del sistema que domina al mundo y a algunas ciudades del país. Conjuguar estas dimensiones otorgaría la construcción de una identidad apropiada y, sobre todo, regional.



Ciudades para un Bicentenario

Nº6, 2009

El nuevo orden mundial evidencia profundas transformaciones para la humanidad, complejos desafíos sin correspondencia en la historia. Uno de estos subyace en el surgimiento de un planeta esencialmente urbanizado. Es fundamental abordar este salto de gran envergadura desde una perspectiva distinta; una que permita incorporar una relación más armónica entre la sociedad y el espacio urbano.

No es admisible considerar las ciudades como si fueran un escenario, un soporte territorial donde se desarrolla la vida urbana. Una perspectiva tan restringida como la anterior conduce irremediabilmente a habitarla de la misma manera, donde cada obra en este escenario perdura mientras cuenta con la suficiente audiencia. Así, pasamos de una ciudad industrial –con prácticas propias del sistema de producción y reproducción social– a una ciudad postindustrial, del consumo, la diversión y el simulacro. En ambos casos, estamos frente a una realidad que solo admite conductas funcionales, proclives a reproducir el régimen urbano hegemónico.

Ahora bien, si la aproximación al fenómeno urbano fuese desde un punto de vista armónico entre el espacio y los individuos, podríamos entonces emprender una nueva relación hacia la construcción de mejores ciudades. Lo anterior requiere, sin duda, ciertos principios estructurantes de un urbanismo más sostenible; donde la modificación del paisaje urbano alterará invariablemente la conducta de los individuos que lo habitan. Según esta primera premisa, el proyecto desarrollado en la ciudad indeleblemente traerá aparejado una nueva forma de habitarla, razón por la cual este proyecto no puede subordinarse exclusivamente a los intereses financieros de determinados grupos hegemónicos.

La idea proyectual y su posterior materialización compromete la integración del desarrollo económico a la comunidad en general, al respaldo de la protección ambiental y a la adhesión al sentido histórico, identitario y de pertenencia de la ciudadanía. Lo último entendido no como la reivindicación solo de los elementos vernáculos del lugar, sino más bien desde una posibilidad otorgada por la constante resignificación de estos elementos urbanos.

En este sentido, la geografía histórica es un buen punto de inicio, ya que entrega las coordenadas escalares para situar el proyecto en el tiempo y el espacio. Las ciudades albergan siglos de conocimiento social y en ellas se produjeron y reprodujeron entidades materiales e inmateriales, muchas de estas asociadas a una geografía física como es el caso de los cuerpos de agua en la denominada ciudad industrial. Esta misma circunstancia hídrica, en el nuevo escenario postindustrial, estimuló los emprendimientos inmobiliarios y turísticos en los frentes acuáticos. Sin embargo, el vertiginoso tránsito de un paradigma urbano a otro arrastró de manera indefectible las prácticas cotidianas del espacio económico, dejando en su lugar un territorio poblado

de desesperanza, cuya alternancia con la prosperidad dependería de la velocidad de inserción del siguiente paradigma.

Un nuevo proceder que recapitule los aciertos pasados y las equivocaciones cometidas sería darle un carácter integrador a las nuevas propuestas urbanas. Establecer la integración de los distintos sistemas es una trayectoria que puede ser recorrida sobre la base, por ejemplo, de ciudades cuyo potencial hídrico podría incluir de manera sostenible los emprendimientos inmobiliarios situados en el borde del agua y no bajo un paradigma extractivista del suelo. Con un sistema de transporte público fluvial, en el caso de las ciudades que cuenten con este recurso, los proyectos urbanos en el borde acuático podrían tener acceso a través de un sistema de muelles, mejorando el transporte público y, al mismo tiempo, consolidando un modelo económico basado en la identidad fluvial de estas ciudades.

Pero este no es el único ejemplo de un modelo integrador y sustentable de proyecto urbano. Repensar el suelo urbano como recurso productivo generador de alimentos también contribuye a reflexionar sobre la ciudad desde un punto de vista integrador. La ciudad contemporánea, con grandes extensiones de sitios eriazos, podría ser un gran complemento para la agricultura urbana y la autonomía alimenticia.

Sin duda el desafío es complejo; sin embargo, contribuye a estructurar ciudades menos dependientes del modelo imperante destructor de la vida y los recursos. Lograr estabilidad, basada en la sustentabilidad, facilita la integración del sistema ambiental, social y económico. Permite que las ciudades sean una fuente de sentido, donde el espacio urbano y el individuo establecen una relación de beneficio mutuo.



Bienes públicos versus intereses privados: una discusión en la base de nuestro sistema democrático

Nº9, 2011

El día 27 de julio recién pasado, el Alcalde de la ciudad de Valdivia, Bernardo Berger, apoyándose en la Ley 20.499 y con acuerdo del Concejo Municipal, aprobó una Ordenanza que regula el cierre de calles y pasajes por motivos de seguridad ciudadana. A partir de ésta reglamentación, los vecinos pueden instalar rejas, controlando el acceso a las vías públicas si es que a lo menos cuentan con el 90% de los propietarios de los inmuebles en conformidad con el cierre.

Dentro de la disposición existe la salvedad que restringe el uso de rejas en ciudades declaradas patrimonio de la humanidad, incorporando también a los barrios, calles, pasajes o lugares declarados patrimonio arquitectónico, o vías que sirvan como acceso a ellos, o a otros lugares clasificados como monumentos nacionales.

Habiendo tomado conocimiento de lo anterior, surgen varias reflexiones respecto de la aparente facultad de cerrar vías públicas en la ciudad por parte de los vecinos en cuestión. La primera necesariamente emerge cuando entendemos lo siguiente, si los bienes públicos son efectivamente eso, públicos, su condición no puede estar permanentemente siendo amenazada por intereses privados. Aún más, éstos intereses privados nunca debieran ser relevados por sobre el interés común, y lo anterior bajo ningún aspecto debe contar con la complicidad de la autoridad responsable.

En consecuencia, si estamos frente al bien público, no puede un 90% de los vecinos del sector y su comprensible interés privado, solo con proponérselo, cerrarle el acceso al espacio público al resto de la ciudadanía. Por ende, con la aprobación del decreto mencionado por parte del Consejo Municipal de la Ciudad de Valdivia, lo que hemos presenciado es, bajo la figura aparente de otorgar seguridad ciudadana, la claudicación de los bienes públicos. En esta ruta de colisión contra los valores urbanos, podríamos perder bienes tan preciados como el borde del río, uno de los elementos paisajísticos más importantes de la ciudad.

En éste caso concreto, me refiero al Parque del Río, condominio recientemente creado al borde del río, en el barrio Las Animas. Con un área pública edificada por la empresa constructora en el margen del río Valdivia, ha servido hasta ahora como espacio de recreación para los vecinos del sector, especialmente para aquellos que, al no contar con un adecuado espacio de recreación en sus propias viviendas, han podido disfrutar del acceso al borde del río, contribuyendo con esto al mejoramiento cualitativo de su calidad de vida. Sin embargo, el acceso a éste bien público ha estado permanentemente en peligro, casi desde el día que se creó el condominio. Los vecinos han querido

cerrarlo para no tener que lidiar con la presencia de visitantes ajenos al vecindario. En lo anterior han tenido el apoyo irrestricto de las autoridades, que tan diligentemente han estado dispuestas a colaborar siempre en mantener los intereses privados, pero negligentemente, en proteger los bienes públicos.

¿Acaso en Valdivia, el borde del río no es un bien patrimonial? ¿En qué estaban pensando el alcalde y los concejales cuando aprobaron una norma como esta? ¿Estamos acaso frente a una medida hecha para los intereses particulares de algunos vecinos, que insidiosamente han querido privar al resto de los vecinos de su legítimo derecho de disfrutar del río Valdivia?

La disputa es anterior a este condominio en específico, la polémica se centra en nuestro derecho a gozar de los bienes y servicios públicos y a aprender a valorarlos. Bienes y servicios, a los cuales, en última instancia, tenemos derecho por pertenecer a un país, el cual soberanamente se ha dado un sistema de gobierno, el cual soberanamente ha sido elegido por una población, la cual les ha otorgado ciertas prerrogativas para mantener el bien común. De no hacerlo, llegará el día en que lamentemos no haber hecho lo suficiente para que los ciudadanos cuiden lo público.

Cuando el gobierno municipal renuncia a su derecho a gobernar y se entrega a los intereses privados, entonces los gobernados, en su legítimo derecho, tienen la obligación de pedir ésta facultad de vuelta, donde la desobediencia civil transforma el momento espurio de desgobierno, en un retorno a la base del acuerdo democrático que debe regir a una comuna y porque no decirlo, a una nación.



Fronteras en expansión: debates y tensiones en el urbanismo actual

Nº10, 2011

Aproximarse a territorios fronterizos intimida. La seguridad que existe al interior de los marcos en los cuales se ha movido el debate urbano comienza a fracturarse, evidenciando un desplazamiento que incorpora nuevas temáticas y, más significativo aún, nuevos actores. El desplazamiento del margen dado por la participación pública –en manifestaciones y redes virtuales– en materias tan diversas como el acceso a la vivienda, la calidad de los espacios públicos, la conservación del patrimonio, el acceso a transporte público de calidad y el uso de medios no contaminantes, entre muchas otras aspiraciones, ha tomado por sorpresa a los tradicionales pensadores y controladores del espacio. Un paso importante ha sido visibilizar las distintas redes que operan al interior de los sistemas de poder, cuya hegemonía había permanecido invulnerable en la construcción de la ciudad contemporánea.

El ciudadano tiene ahora, más que nunca, una gran oportunidad para reflexionar sobre el papel que les cabe a las ciudades –tradicionalmente maniobradas desde el poder político, económico y técnico– en el desafío de

la articulación democrática de todos los intereses, aspiraciones y visiones para enfrentar un nuevo milenio urbano.

Por otro lado, la heterogeneidad en las aspiraciones ciudadanas ha concurrido a producir impactos de distinta naturaleza e intensidad en el territorio. Así, por ejemplo, el límite de las ciudades ha sido vulnerado por quienes creen encontrar el paraíso terrenal en las afueras del borde urbano. El confinamiento artificial del espacio urbano, dado por normativas débiles, disuelve la frontera entre lo que consideramos rural y urbano. La interrogante planteada es, en última instancia, si es que estamos frente a un ser humano que necesita fijar límites para luego transgredirlos. La línea divisoria entre ambos territorios no es barrera, sino más bien se vuelve una fachada traslúcida, porosa, permeable que permite el paso, pero que, al mismo tiempo, hace transmutar a quien lo franquea, transformando la conducta de sus habitantes en una suerte de “rururbanos”, sujetos híbridos pertenecientes a una nueva categoría socio-espacial.

En el habitar contemporáneo se diseñan arquitecturas y urbes, pero también discursos, narrativas del traslapo, donde se superponen materialidades incluso antagónicas que subvierten y resquebrajan el continuo. Al superponerse los bordes, se aloja intersticialmente el relevo de lo superpuesto. De ahí que observamos que surgen voces dispares dentro de la opinión pública respecto de temas como lo sucedido con el mall de la ciudad de Castro, Chiloé. Por una parte, un grupo importante de la población con aspiraciones de metrópolis y su sobrevenida idea de modernidad, se enfrenta en un diálogo áspero con otro porcentaje de los habitantes que se resiste a presenciar la vulneración de su patrimonio por la aparente idea de progreso. Conceptualmente, las arquitecturas transfronterizas –entre

las cuales la arquitectura internacional es la más rutilante– se refunden en el paisaje urbano, pero esto sin un lenguaje que efectivamente produzca ese traslapo mencionado anteriormente, sino que transformándolo en una frontera hostil.

En el seno de las arquitecturas transfronterizas –resultado entre otras cosas de la enorme movilidad del mundo actual– también se aloja el nómada y su diálogo espacial, volviéndose agente penetrador de límites. Con su arquitectura nómada seduce a la ciudad otorgándole nuevos sentidos a los lugares reconstituidos por el ir y venir de sus moradores; tal ese es el caso de los barrios de inmigrantes de Santiago.

Romper los paradigmas y consignas convencionales, extralimitándose y tal vez, translimitándose, redibujando el mapa de los lugares contemporáneos, podría sacudir el grueso polvo que cubre las ideas respecto de la ciudad. Para ello, es necesario entender que la participación pública no puede seguir siendo solo un conflicto callejero que es necesario reprimir o el apoyo utilitario a determinados intereses políticos o económicos. La participación es urgente para elaborar una visión que conjugue el bienestar de la nación y su territorio en todas sus escalas y, en ese marco, debería ser un acuerdo compartido que oriente a las ciudades y sus localidades. De esta manera podremos dejar atrás la virulenta lucha de intereses, legítimos, pero también mezquinos, en algunos casos, los cuales han vulnerado en su grado máximo la viabilidad del proyecto urbano del nuevo milenio.



La dinámica urbana de Valdivia

Nº 25, 2019

Heráclito decía que uno nunca entra al mismo río, pues este fluye. De la misma manera, la ciudad fluye, se mueve en una constante dinámica de transformaciones observables a simple vista. Algunas de estas transformaciones se filtran desde el curso tendencial de las dinámicas mayores, son el resultado de influencias globales; pero otras también responden a las condiciones geográficas y culturales del emplazamiento de la ciudad.

¿Cuáles son las dinámicas observables en la ciudad de Valdivia? Iturra (2015) en el artículo “El uso de la fotografía para problematizar lo urbano. Transferencias metodológicas, etnografía visual en la enseñanza de arquitectura” plantea un desafío interesante, ya que “lo observable” lo sitúa en el plano no de la objetivación funcional de la ciudad, sino más bien desde las interrelaciones que se dan entre el habitante y el espacio, singularizando las experiencias del individuo.

Reconocer, entonces, la subjetividad como forma de observar los cambios de la ciudad nos permite jerarquizar, posicionando las dinámicas urbanas en

una cadena de múltiples significados ensamblados en un tejido amplio de relaciones multi-escalares. Una primera apreciación respecto de lo anterior se relaciona con la transformación de los barrios en directa articulación con los paradigmas imperantes. Ciertas ejecuciones se van desarrollando en estos y es así como, en el caso de Valdivia, antiguos barrios industriales peri-centrales comienzan lentamente a transformarse en barrios de uso mixto, donde se encuentran industrias vinculadas con la creatividad y la innovación, como es el caso de los Barrios Bajos (Rodríguez, Barría y Silva 2021). Antiguas casonas de los industriales, hoy convertidas en bienes patrimoniales, dan paso a una función no residencial, albergando usos comerciales o educativos. Lo anterior trae aparejado inversiones del Estado en un proceso continuo de mejoramiento del equipamiento, de los servicios públicos y los espacios públicos, y las vías de circulación, entre otros aspectos.

Consecuentemente, aparecen también las estrategias desplegadas por distintas instituciones para la peatonización de vías tradicionalmente vehiculares. Aquí, la versatilidad de los espacios juega un rol primordial en la potencial capacidad de las vías para albergar otras actividades de velocidad más lenta. Con mejores o peores resultados, el llamado urbanismo táctico transforma espacios, como el inicio de la calle Picarte –principal arteria de la ciudad– liberando espacio con el objetivo de ampliar las veredas y dar más cabida al peatón. Otros casos, como la calle Esmeralda en el verano, se cierran al tránsito vehicular durante una tarde-noche a la semana y las terrazas de los numerosos restaurantes y bares se desplazan hacia la calle (Rodríguez, Zumelzu y Andersen 2018).

Por último, pero tan significativo como los anteriores, la presión sobre el suelo urbano ha tenido como consecuencia la expansión de la ciudad. Sin

mucho suelo al cual recurrir, se construyen barrios de viviendas sociales subsidiadas en sectores de humedales para dar soluciones habitacionales a capas de la sociedad que requieren una respuesta urgente a las demandas por vivienda. Por otro lado, los humedales son utilizados como recurso de interés por parte de las inmobiliarias para dar mayor valía a sus proyectos (Hidalgo, Rodríguez y Alvarado 2018).

Para lograr ambas cosas, también se construyen vías de acceso rápido que conectan el centro de la ciudad con estas expansiones. Lo sorprendente es que también se hace sobre estos humedales, sin considerar su alto valor social, ecológico y paisajístico. Dentro de la dinámica urbana de Valdivia sin duda se están desarrollando muchas otras transformaciones. En ese sentido, este texto no pretende llegar a conclusiones cerradas, sino más bien dar inicio a un debate más amplio que, ojalá, pueda contribuir a repensar nuestra ciudad. Además, se pretende ofrecer una opinión certera respecto de cuáles transformaciones contribuyen al bien común, y, por supuesto, cuáles están profundizando las limitaciones del habitar en lo que se considera una ciudad amable con quienes viven en ella.



Ejercicios Docentes

La docencia es un ámbito irrenunciable para la academia y está en el origen mismo de la institución. Si bien es cierto la práctica docente se inicia durante la Edad Media –siendo en muchos aspectos bastante diferente de lo que hoy entendemos como universidad moderna– no podemos desconocer que la piedra fundacional sobre la que se apoyan las universidades contemporáneas está en dichas instituciones medievales (Haskins 1965).

Sin embargo, la episteme de las universidades antiguas y modernas difiere entre sí, hecho que obedece a circunstancias históricas distintas para conseguir conocimiento científico. Los criterios de la universidad medieval que justificaban o invalidaban una verdad hoy podrían parecernos hasta pintorescos. Sin embargo, estas instituciones han estado y deberían seguir estando al servicio de encontrar problemas nuevos para resolver. Aquí, los ejercicios docentes son también instancias reflexivas que nos permiten entender un poco más el mundo en que vivimos y encontrar respuestas a los nuevos desafíos que se presentan.

Por fortuna o por desgracia, como se quiera ver, nuestro territorio está lleno de sorpresas posibles de problematizar. Las oportunidades que brinda el contexto para renovar la docencia son ilimitadas; no solo porque se integra el conocimiento desde distintas perspectivas, sino porque también permite producir un nuevo conocimiento, situado y pertinente al territorio. Sin duda que las incertidumbres que nos rodean como país son amplias y son escollos permanentes en el trayecto de un proceso de enseñanza-aprendizaje apropiado.

El momento actual, con el advenimiento de la pandemia del coronavirus, reviste tal complejidad que pone a la comunidad educativa nacional e internacional frente a un desafío mayúsculo. El coronavirus obligó a todo el sistema educativo del país a entrar en una modalidad virtual, liberado de las coordenadas que lo habían caracterizado. De esta forma se pudo responder al llamado de *“quédate en la casa”*. El enorme esfuerzo desplegado por el sistema escolar y de educación superior ha sido puesto a prueba, transformando todo el proceso educativo en uno posible de realizar desde el espacio virtual. El obstáculo no solo está determinado por los recursos materiales y formativos necesarios para realizar una operación de esta naturaleza, sino que ha debido ser en un tiempo corto y en condiciones apremiantes de salud pública.

En este apartado se advierten dilemas contingentes cuya condición situacional no es solo espacial, es además temporal: son problemas de nuestro tiempo. Cobra relevancia la vulnerabilidad en la cual están inmersas las comunidades, pero también son consecuencia de las transiciones en curso de los asentamientos humanos.



Chaitén: un desastre y una oportunidad para la innovación

N°5, 2009

La localidad de Chaitén –asentamiento del sur austral chileno destruido el año recién pasado (2008) a raíz de la acción devastadora del volcán del mismo nombre y de un posterior alud de barro– sufrió el desplazamiento de más de 4.000 personas cuya existencia fue inexorablemente perturbada.

La tragedia vivida por los pobladores abrió la posibilidad de imaginar una nueva entrada a la Patagonia. Fue así como el Taller IV de Urbanismo de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Austral de Chile, Valdivia, comenzó a elaborar proyectos en esta localidad, en conjunto con los académicos.

En este escenario, configurado a partir del desastre, distinguimos una doble perspectiva al momento de imaginar y proyectar el Nuevo Chaitén. Por una parte, el emplazamiento debía responder al contexto regional, satisfaciendo las necesidades de los lugareños, quienes habían habitado un territorio imprimiéndole sus respectivas huellas, aun cuando estas fueran ligeras. En segundo lugar, el Nuevo Chaitén debía convertirse en un lugar de interés nacional y aquello era la oportunidad para posicionarlo

como la entrada a la región de los fiordos y la Patagonia Austral.

Sin embargo, los desafíos no se circunscribían a lo dicho previamente. El proyecto en curso debía contribuir a componer la red geográfica de las localidades y, por lo mismo, era fundamental repensar la propuesta como un eje de tránsito, fortaleciendo al mismo tiempo la condición de estadía. Esto último solo sería posible si los proyectos de los estudiantes incorporaban los servicios necesarios para enlazar las regiones del Sur con el resto del país, todo ello sumado a un diseño urbano contextual.

Nuestra labor en la Escuela de Arquitectura ha estado definida fundamentalmente por dos ejes presentes en la arquitectura y el urbanismo: la sostenibilidad y la pertinencia cultural de las propuestas. En ambos ejes, la eficiencia energética fue un elemento de singular importancia. No obstante, entendemos también que la articulación de los sistemas humanos y naturales son principios ineludibles para la valorización del paisaje.

De esta manera, el proceso de enseñanza-aprendizaje en el Taller de Urbanismo siempre ha estado inserto en las comunidades, cuya participación ha enriquecido las propuestas al incorporar su experiencia cotidiana. Esto fue lo que emprendimos, haciendo converger la planificación, el diseño urbano, la eficiencia energética, el respeto a los estilos de vida de las colectividades y el crecimiento sostenido de una economía que fuera capaz de respetar los ciclos naturales y sociales a los que debía servir.

El resultado del taller fue desde muchos aspectos enriquecedor. Se llevaron a cabo distintas propuestas, algunas radicadas en el antiguo Chaitén y otras en

Santa Bárbara, con la presencia de los principios enunciados anteriormente como denominador común.

A los objetivos propios de la elaboración de un proyecto urbano hubo que incorporar nuevas metodologías para zonas de desastre, lo que sumó nuevas competencias, enriqueciendo el proceso de enseñanza-aprendizaje de los estudiantes. Del mismo modo, hubo que definir criterios para la construcción de pequeñas localidades del Sur-Austral, cuya característica general es la total falta de una imagen de ciudad. Todo lo anterior dentro de un contexto paisajístico privilegiado que cada día se ve sometido a mayor presión turística derivada del atractivo propio de los lugares.

En definitiva, el trabajo realizado por el taller del año 2008 de la UACH fue un ejercicio único que permitió desarrollar nuevas herramientas para la complejidad del sistema urbano del país.



SUBA: un desafío académico permanente

Nº11, 2012

En el encuentro organizado por SUBA durante la primera semana de septiembre de 2012, en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, se dio lugar a una acción de reflexión, debate y propuestas acerca del desarrollo urbano del eje Santiago – Valparaíso. En dicho encuentro se congregó una amplia gama de destacados arquitectos nacionales e internacionales, académicos y estudiantes de distintas escuelas de arquitectura, entre ellas, la Escuela de Arquitectura de la Universidad Austral de Chile.

En un ejercicio exploratorio acerca de la relación entre el área metropolitana del Gran Santiago, distante 110 km. de la conurbación costera que conforma el Gran Valparaíso, se emprendió una apuesta desafiante. Todos los grupos concurrentes procuraron conformar, desde el vínculo territorial persistente entre ambas metrópolis, una mejor conectividad local, regional, nacional y continental.

A pesar de la envergadura territorial, tema siempre controvertido para la arquitectura, las perspectivas abordadas en los proyectos fueron heroicas, pero, al mismo tiempo, sensibles. También mostraron audacia al atreverse

a examinar lo que acontece en la actualidad: la interconexión de la que son objeto los distintos territorios y al mismo tiempo, la urgencia de establecer los bordes necesarios para su óptimo desempeño. Las fronteras se delimitan, pero también se incorporan los traspasos entre espacios, culturas y lugares, evitando la tendencia actual de ser fragmentos en tensión.

La osadía es repensar un territorio nacional desde la perspectiva de ser una comunidad intangible, que, aun así, habita de forma cohesionada bajo una identidad común. Desde esta perspectiva, además, asoma la sensibilidad con la que fueron tratadas las distintas localidades. Al señalar el patrimonio no solo tangible, sino también intangible que forma una huella indeleble en el territorio, las estructuras sociales que robustecen las localidades fueron señaladas en cada una de las iniciativas.

La sensibilidad de las propuestas que, al identificar la velocidad como elemento esencial de intervención, señalan un tránsito, pero también un destino que no siempre puede ser el principio o el final del eje. En esta aproximación,, se distingue la calidad de vida de los habitantes comprometidos en este amplio trayecto.

En general, la lectura es común. En un territorio fragmentado, existe una percepción compartida entre estudiantes y profesionales donde, a pesar de la situación actual, la mirada creativa permite imaginar una utopía al crear una plataforma de una posible intervención territorial entre Santiago y Valparaíso. Sin soslayar que el crecimiento sostenido de ambas ciudades implica necesariamente una ocupación progresiva del territorio intermedio y con ello da lugar a la transformación permanente de sus atributos, se dejó sentir la necesidad de conservar los espacios más naturales.

Más allá de las diferencias propias de cada equipo integrante y de las distintas orientaciones de quienes dirigieron a los estudiantes, el resultado fue satisfactorio. Emprendido desde un encargo dificultoso puesto a prueba frente a la necesidad de poner límites al crecimiento urbano –pero también de entender las interconexiones entre estas fronteras– la creación utópica de gran envergadura traspasó las fronteras de un ejercicio académico regular.

También fue satisfactorio para nuestra Escuela de Arquitectura encontrar pares en otras instituciones preocupadas de repensar el territorio en su conjunto, ejercicio desarrollado muchas veces en nuestro Taller de Urbanismo. Al mismo tiempo, fue estimulante compartir nuestra convicción respecto de la importancia de proyectar los lugares con una visión más sostenible, no solo en términos energéticos sino también culturales.

Haber asistido al encuentro SUBA 2012 nos permite reflexionar –como Escuela de Arquitectura UACH– que estamos en la dirección correcta y que, si bien las ideas utópicas no siempre son realizables en la práctica, sin ellas tampoco se pueden desplazar las fronteras de lo factible. Tenemos un urbanismo vivo que se mueve y se desplaza, en constante movimiento para enfrentar con mejores soluciones los desafíos urbanos y territoriales del siglo XXI.



Representaciones de la memoria en un lugar fluvial

Nº22, 2017

En este Chile singular y apócrifo en que vivimos, empecinados en el crecimiento a todo evento –en el cual se nos hace hincapié cotidianamente– se nos arrebató la memoria denominativa de los espacios urbanos. Se construyen múltiples equipamientos en el anonimato de las obras públicas, espacios desprovistos de relación con la comunidad y el entorno.

Para algunos, el tránsito por una vía rápida es un éxito de la modernidad que despeja cualquier obstáculo al sustraernos de la insatisfactoria congestión de calles atestadas de vehículos. Ello todavía más si en la ecuación se incluyen barreras geográficas: contrariedades como un río, un humedal, una montaña o cualquier otra.

Entre los múltiples impactos que acarrea el modelo neoliberal impuesto por la Dictadura chilena y perfeccionado por la democracia durante los últimos 44 años, se cuenta la construcción de innumerables obras de infraestructura para satisfacer las necesidades de ciudades segregadas y expandidas. Entre ellas están las autopistas, mediante las cuales el usuario puede alejarse

de la ciudad y, aun así, conducir cada día sin dificultad, al menos en teoría, desplazándose en el vehículo particular o bien en transporte público. En caso de que pertenezca a los segmentos destinados a viviendas sociales, estará alejado de todos los servicios esenciales para su desempeño. Este es el caso de estudio que se presenta, uno dentro de muchos que los lectores conocen. Una autopista edificada para enlazar el sector de la población Arica-Guacamayo, construida sobre un humedal adyacente al río Calle Calle, que atraviesa la ciudad de Valdivia.

El crecimiento extensivo de la ciudad hacia su borde sur-oeste, fundamentalmente con viviendas sociales subsidiadas, pero también con parcelas de agrado, ha permitido, con esta autopista, a los pobladores vivir sin estar expuestos al polvo del camino que cotidianamente inundaba sus hogares. Pero el sistema de redes viales construido en el último tiempo por el Estado chileno se ha concretado al mínimo costo, sin considerar externalidades como el costo ambiental o social de los proyectos.

Por ello, este trabajo se propone dar cuenta –a través de una estrategia educativa con las carreras de Arquitectura y Pedagogía en Ciencias Sociales, y la colaboración del Conservatorio de Música de la Universidad Austral de Chile– del proceso de recuperación de la memoria del lugar, junto con la construcción de nuevos procesos de significación del espacio a través de la representación. En última instancia, se persigue desarrollar un trabajo a largo plazo que permita configurar un paisaje iconográfico para la ciudad.

La memoria, el principio elegido para este ejercicio, es un elemento de diseño urbano recurrente en los lugares emblemáticos de las ciudades. Por eso es necesario entender la necesidad de incorporarla en los proyectos, ya

sea para rescatarla del peso del tiempo o para construir nuevas (Rodríguez 2017). De esta manera y por segundo año consecutivo, los estudiantes de ambas carreras enfrentan el desafío de construir una memoria a través de la representación de historias locales y de la observación del paisaje, de forma de estructurar un proceso de enseñanza-aprendizaje significativo .

A diferencia del año 2016, cuando se propuso una serie de proyectos para transformar la autopista en un paseo (Rodríguez, Silva, y otros 2019), el ejercicio de 2017 culmina con la elaboración de la memoria del lugar a partir de la instalación de la orquesta del Conservatorio, vinculando la música al espacio. Los estudiantes de las tres unidades se vieron beneficiados con la incorporación de estrategias transdisciplinarias de apropiación y significación del espacio, definiendo con esto los elementos más importantes para proyectar ciudades memorables, sostenibles y más humanas.



Subjetividades Territoriales

Walter Benjamín se propuso dotar a la Teoría de la Experiencia de nuevos contenidos, concepto central para entender la relación que ajusta las subjetividades con el territorio. El filósofo la implica dentro de una integración del sujeto con el contexto social, entendido desde términos más amplios, incluyendo entre estos la tradición. Esa relación entre los individuos y los objetos, lo que según Fernández –refiriéndose a la revelación hecha por Benjamin– establece que “se halla unida a la idea de “aura”, lo que caracteriza a tal experiencia como la relación irreplicable y única del ser humano con los objetos del mundo” (Fernández Martorell 1992, 46). En esa experiencia, producida en esta relación, lo que nos interesa son más bien los procesos que se dan en torno a las prácticas de los ciudadanos y el mundo objetual. Dichos actos se basan en las decisiones que ellos toman con respecto a cómo desplegarse e interactuar con el espacio material. A esto la Teoría No Representacional denomina la performance (Thrift 2008).

Consecuentemente entonces, el territorio puede ser visto también como una red relacional entre humanos y no humanos. Por lo tanto, en el territorio,

al ser subjetivado, la geografía se convierte en algo experienciable por los habitantes. Quienes lo habitan reaccionan y se conducen en función de algunas normas promulgadas oficialmente o también, en algunos casos, estas pueden ser tácitas. Las condicionantes producidas en el espacio y los objetos, como agentes coadyuvantes, generan impactos insospechados en la conducta de las personas y, por lo tanto, están íntimamente relacionadas con sus subjetividades (Rodríguez 2021). Las emociones que desatan estas condicionantes serán lo próximo que deberemos revisar para entender este nuevo mundo de la experiencia.

En su libro “Las geografías emocionales”, Davidson, Bondi y Smith (2007) facilitan ciertas orientaciones para emplazar o *lugarizar* dichas emociones. Los autores introducen tres ámbitos de reflexión: en primer lugar, sitúan la emoción en cuerpos y lugares, ambos incluidos; luego, abordan la relacionalidad emocional de la gente y el entorno; y por último, indagan en la representación de estas geografías emocionales. Deberemos acostumbrarnos a que los objetos comunican, tal cual lo hacen los lugares. Los paisajes narran historias difíciles de encontrar en el *big data* o en la minería de datos; su interpretación está más bien en una Teoría de la Experiencia, como la que intentó hacer Walter Benjamin, en un conocimiento acumulativo. Está en la “geografía de lo que pasa” como dice Thrift; está en el relato pre cognitivo que hacen los ciudadanos de la ciudad que habitan. En este apartado, prestamos atención al espacio urbano, pero también a aquel espacio que se encuentra fuera de las ciudades, porque lo central de la preocupación está puesto en el diálogo producido en torno a los significados otorgados a los territorios por las comunidades.



Comprender la mente de Dios

Nº3, 2008

Unificar la Teoría de la Relatividad General⁴ con los postulados dominados por la mecánica cuántica⁵ significaría una “teoría del todo”, y conocerla sería comprender la mente de Dios, dijo en su paso por la ciudad de Valdivia Stephen Hawking, uno de los científicos más prominentes de nuestra época. Dentro de las numerosas actividades que llevó a cabo, una de las más significativas fue una mega charla –denominada “*Out of a black hole*”– en el Coliseo Municipal de la ciudad. Quizás esto no sería nada extraordinario sino fuera por el hecho de que más de tres mil personas repletaron el estadio, solo para participar de un tipo de evento comúnmente acogido en las aulas académicas. Así como la mente de Dios es una interrogante para Hawking, para mí, la mente de cada una de las personas asistentes al coliseo es una oportunidad para reflexionar acerca de la espacialidad y la mente humana.

⁴ Postulada por Albert Einstein, explica las leyes que gobiernan el universo en grandes escalas, como las estrellas y galaxias.

⁵ Ciencia que explica el comportamiento de lo infinitamente pequeño.

Tenemos un marco teórico medianamente claro acerca de cómo funciona la ciudad, sus distritos residenciales, comerciales, educacionales (en el caso de un campus universitario), etc.; también podemos precisar, no sin algunos obstáculos, cómo se desenvuelven los distintos subsistemas que conforman el espacio urbano. Las leyes económicas y políticas que gobiernan el distrito han sido precisadas y algunas continuaran en proceso de serlo, ya que la dinámica del suelo urbano es una actividad cambiante por naturaleza. Por ser el espacio urbano construido por el ser humano, es artificial en esencia; no obstante, existen algunas leyes generales a las cuales cada individuo debe adscribir, so pena de quedar relegado en un margen utópico e impracticable.

Quedan, con toda probabilidad, muchas otras generalidades acerca de la ciudad y su espacio, pero ¿qué sabemos acerca de lo infinitamente individual, subjetivo, pero no por eso tan distante de un pensamiento colectivo? Probablemente nada o muy poco. Las incertidumbres llenan un espacio quizás más grande que el Coliseo mencionado anteriormente. Con toda seguridad, la venida de un científico de la envergadura de Hawking no pasa inadvertida en una ciudad intermedia como Valdivia; quizás en ninguna otra de un país pequeño como este. Pero vale la pregunta respecto de si el espacio elegido para su visita hubiese sido otro –un poco menos popular, un espacio netamente académico ubicado en un sector de la ciudad donde el público no suele asistir a eventos masivos– este evento habría tenido la convocatoria que tuvo. Probablemente no, y en este punto quisiera detenerme un momento, ya que reviste vital importancia. Los valdivianos asistieron a este mega evento sin duda motivados por la presencia rutilante de un personaje perteneciente a una elite académica mundial, pero al mismo tiempo –al menos a mí me lo parece– la asistencia también responde al lugar escogido. Este corresponde a un espacio cotidiano que

se recorre y se ocupa sin mediar una lectura sobre sus implicancias.

Los habitantes toman decisiones con respecto a dónde ir y qué hacer, y estas decisiones están motivadas por aspiraciones que, para este efecto, corresponden al lugar donde sienten que pertenecen y donde están fuera de lugar. Este aspecto vincula la mente humana con la conformación del espacio físico; en este caso, un edificio icónico, pero también habitual del ciudadano común. Considerar esta variable, especialmente cuando hablamos del espacio público, es relevante a la hora de examinar los espacios donde se alojan los vínculos con mayor intensidad de la sociedad.

Por último y, para terminar, quizás en el camino de estructurar ciudades más diversas, justas y satisfactorias, debiéramos intentar unificar la teoría urbana con los postulados que atañen al individuo y su propia subjetividad. Entonces podríamos acercarnos a comprender, al menos en parte, nuestra propia ciudad.



La percepción del paisaje: una coordenada elemental para su conservación

Nº7, 2010

El paisaje es un fragmento del mundo, pero, a su vez, es una construcción, una composición de ese mundo, una forma de ver unidades de vista. Representa la proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado, admitiendo eso sí, que esto es algo dinámico y que está en constante evolución. Los paisajes con sus propios códigos de símbolos nos hablan de una cultura, de su pasado, su presente y su futuro. Decodificar la ideología de un paisaje, como un sistema de signos y de símbolos, es entender el paisaje como un producto, pero al mismo tiempo, como un texto donde quedan inscritas las ideas acerca del tiempo.

Por eso, no debe extrañar que, en las más prestigiadas escuelas de arquitectura del paisaje del mundo, la disciplina sea impartida junto con cursos de valorización, percepción o apreciación paisajística. El paisaje se compone desde un vistazo subjetivo. Al paisaje se le aprecia ya que está íntimamente ligado con una perspectiva cultural, dictaminando lo que es bello de lo que esta fuera de los cánones.

El valor de un territorio está determinado culturalmente por quienes lo habitan, pero también puede ser definido por individuos o entidades ajenas a este. En esos casos, de los cuales hay muchos ejemplos, las decisiones que los afectan serán tomadas hegemónicamente por potestades ajenas al paisaje en cuestión.

Ahora bien, el dinamismo del paisaje –característica esencial dentro de la cual no solo está su construcción, sino también su destrucción– se vincula con la cultura que lo percibe. Por lo tanto, cada vez que la ciudadanía interpela a la autoridad o a cualquier organismo responsable por la destrucción de determinado paisaje, estamos frente a la ruptura de un acuerdo respecto de lo que la misma ciudadanía considera fundamental para su calidad de vida, y no es de extrañar que también para su futuro.

Muestra de lo anterior es la destrucción del alimento de la avifauna en el humedal del Santuario del Río Cruces, comuna de Valdivia. La transformación del paisaje en ese santuario con la muerte de los cisnes de cuello negro, cuya riqueza había sido valorada por los distintos estamentos de la ciudad, despertó una reacción inmediata contra las políticas ambientales adoptadas por los sucesivos gobiernos de la coalición en el poder.

La administración reciente también ha debido enfrentar nuevas protestas por la posible instalación de una planta termoeléctrica en Punta de Choros, Región de Coquimbo. Más allá del debate sobre si el Presidente decidió suspender el proyecto por la posibilidad de afectar una reserva ecológica importante –no solo para el país sino para el mundo– o si la decisión se tomó para cuidar el nivel de adhesión popular a un gobierno recién instalado, la interrogante que queda en el aire es otra. ¿Qué pasa con otros paisajes

que han sido destruidos sin contemplación, sin un reclamo urgente de la ciudadanía, sin una institucionalidad que verdaderamente resguarde el patrimonio del país? Responder esta pregunta no es fácil, ya que, de acuerdo con lo planteado con anterioridad, significa que el paisaje no se ha valorado lo suficiente como para conseguir su conservación. Si la ciudadanía no lo percibe como un eje fundamental, no solo para el desarrollo económico del país sino también para la sobrevivencia de toda especie viviente, estamos frente a un problema.

Como es una cuestión de percepción, podemos decir que en el país no existe una percepción adecuada del paisaje chileno; un paisaje famoso en el mundo por su belleza, exuberancia, diversidad y contraste. Eso plantea un dilema mayúsculo, ya que como se dice al inicio, desafortunadamente las decisiones respecto del paisaje también las pueden tomar quienes no lo habitan, no lo perciben, ni lo aprecian. Esta situación pone en evidencia un tema importante relacionado con el paisaje nacional: las decisiones al respecto se encuentran concentradas y centralizadas en una parte del territorio, la ciudad capital y esta, sin proyección, lleva a los distintos paisajes de nuestro territorio hacia una devastación sin precedentes.



Ciudad patrimonial

N°8, 2010

En décadas recientes, hemos sido testigos de cómo el urbanismo ha ido incorporando nuevas dimensiones del quehacer urbano, preocupaciones distintas a las que rondaron casi la totalidad del siglo XX. Entre muchas nuevas interrogantes, para efectos de este diálogo nos interesa particularmente una, y esta se relaciona con el sentido de las ciudades y sus lugares. De esta manera, por ejemplo, la importancia adquirida por el sentido histórico del centro de la ciudad ha sido tanta que el centro histórico de Quito recibe una inversión anual promedio de por lo menos US\$20 millones. La cifra es similar en la Habana y en México es incluso superior, mientras que en los tres casos las inversiones siguen en aumento.

La aspiración de contar con ciudades funcionales ha dado lugar a la identificación de la historia, entre otros aspectos, para otorgar sentido de pertenencia a quienes las habitan o visitan. Esto sigue la línea trazada por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), que en un seminario llamado “Estatuto de la ciudad y patrimonio

cultural urbano” establece que “se observa una creciente conciencia social con respecto a la importancia de la conservación y del reconocimiento de los bienes patrimoniales como elemento esencial del desarrollo local”.

Esto último quiere decir que un componente fuertemente emocional entró de plano a jugar un rol estratégico en el consumo global de experiencias urbanas. La nostalgia, siempre presente en tiempos de crisis, debió ser conjurada con edificios que cumplieran el papel de devolver el sentido de vivir en la ciudad. De esta manera, el reciclaje de las viviendas patrimoniales ha permitido un nuevo tipo de comunicación entre los seres humanos, cuyo mensaje viene a refrendar la idea sobre el progresismo inherente en la aventura de restaurar antiguas estructuras. Con esto, lo físico ya no es el elemento único en el espacio; este también se configura por las representaciones que tenemos de él.

El centro histórico, que a menudo es donde se concentran las estructuras patrimoniales, es un espacio simbólico que acumula símbolos que generan identidades múltiples, colectivas y simultáneas. Ello opera de la misma manera que para la sociedad, donde hay que vender ciertas cosas, transar otras y conservar también algunas. Las cosas que se conservan son las que otorgan identidad y solo recientemente ha sido posible observar esta nueva reflexión en el espacio urbano. Así como las cosas operan en el mundo porque son símbolos, las viviendas patrimoniales tienen la capacidad de inducir conductas sociales pues, como se ha dicho en el último tiempo, tienen un poder que radica en las emociones que son capaces de desencadenar.

Como el poder simbólico es tan fuerte, el consumo que se hace de estas viviendas en tanto objetos de deseo otorga una distinción simbólica, y la lógica

que rige la apropiación de estos bienes en tanto objetos de distinción no es la satisfacción de necesidades, sino la exclusividad y la imposibilidad de que otros los tengan. En este sentido, la demanda es fragmentada, un segmento exclusivo cuya racionalidad consumidora está directamente relacionada con símbolos de consumo conspicuo, y para quienes la propaganda es un eje fundamental.

Si bien es cierto la oferta del reciclaje patrimonial aún es escasa y, por lo mismo, satisface las necesidades de una elite, su atractivo radica en la proyección que podría tener si la demanda se expandiera al resto de la sociedad. Con esto podríamos volver a soñar con ciudades significadoras y no solo fragmentos urbanos conservados y reciclados para el consumo de un segmento de la población.



En el centro del conflicto

Nº20, 2016

Son nuestras sociedades contemporáneas más proclives a generar conflictos o, en su contraparte, a ser víctimas de estos. Con el ánimo de encontrar respuestas rápidas, se podría desatender algunos aspectos importantes de considerar, sucumbiendo a trémulas reivindicaciones sujetas al momento actual. Sin embargo, junto con la urgencia o inmediatez de responder tal interrogante, existe una necesidad crítica para abordar los conflictos en el marco de la complejidad que los reviste. Entonces, es preciso hacer algunas precisiones; la expansión del modelo neoliberal, iniciada en Chile con fuerza desde las postrimerías del siglo XX, trajo consigo la transición productiva del territorio a un modelo más flexible de producción y acumulación. Este modelo ha movilizadado la ciudad desde un estado industrial a uno post industrial.

De manera convergente, se han suscitado también conflictos territoriales que, en la actualidad, se entrelazan con demandas por profundizar el ejercicio de la democracia, mayor acceso a información y uso masivo de las redes sociales. Todo ello genera nuevas condiciones de empoderamiento comunitario

sobre la negociación de los significados, especialmente los vinculados con el patrimonio natural y construido. En este contexto, la reflexión sobre estos fenómenos debe ser amplia, compleja y transdisciplinaria, desarrollando con especial énfasis –debido al aumento y la visibilidad de los conflictos– estudios e investigaciones destinados a propiciar una discusión vigorosa y profunda. La exploración del tema permite observar que en el centro de las disputas están los significados que las comunidades otorgan a los territorios que están actualmente en la contienda. Es aquí donde se juega la posibilidad de recomponer muchos de los actuales desacuerdos. Esto se debe especialmente al aumento de la incertidumbre, principio recurrente en el ámbito en que se mueve la posibilidad de desarrollo del país.

La incertidumbre en que se mueven las poblaciones se debe al grado de desconocimiento de una condición futura, por ejemplo del sistema urbano por falta de información o porque existen desacuerdos sobre lo que se sabe o podría saberse. Aquella falta de consistencia, precisión o exactitud de la información que no nos permite predecir la realidad que nos rodea, causando por tanto inseguridad, duda o inquietud, produce sentimientos y emociones negativas. Pero también puede convertirse en un agente de cambio ventajoso para la vida urbana al articularla con respuestas que brinden confianza en el porvenir, estableciendo el misterio y la sorpresa como coordenadas de la planificación a mediano plazo.

Lo anterior opera en función de aproximarse a la ciudad desde una plataforma de acontecimientos inciertos, donde el misterio y la sorpresa estimulan la vitalidad de los territorios del siglo XXI. Esto incorpora la posibilidad de tener múltiples miradas de los conflictos, su vinculación con los territorios y el papel que juegan dentro de la incertidumbre actual.

Lo que queda claro es que en el centro de los conflictos están las significaciones que las distintas comunidades otorgan a los territorios. Lejos de ser trivial, este cuestionamiento apunta a tópicos donde incluso se pone en entredicho la propia existencia y su vinculación con el entorno, y debido a esto es que se vuelven gravitantes en el escenario actual. No existe forma de rodearlos sin destruir la posibilidad de su retorno en un futuro cercano y vigorosamente más amenazador.

En función de lo anterior es que se vuelve particularmente urgente explicar cuál es el significado que está en el centro de ellos. El objetivo es comprender el sentido que cada facción de la comunidad estima imprescindible para el territorio que consideran de su pertenencia. Lo anterior permite entender que existen múltiples significaciones –que incluso pueden ser antagónicas– pero que también pueden, lejos de ser inmutables, convertirse en procesos de negociación, revitalizadores del progreso de una comunidad y de su permanencia en el tiempo.



El espacio desde la subjetividad

Nº26, 2019

¿Podemos hablar siempre de objetividad en la geografía? ¿De una geografía positiva, con límites claros entre sus distintos componentes y certidumbre sobre su posicionalidad sobre la superficie terrestre? Quizás debiéramos preguntarnos por las certezas mantenidas durante los últimos siglos que hoy parecen fracturarse dando lugar a nociones, como la territorialidad, que más bien han comenzado a claudicar su fijación estricta y categórica a un espacio delimitado.

Agnew (1994) establece, por ejemplo, que, en los sistemas de parentesco o clanes, el espacio es ocupado como una extensión de la pertenencia a un determinado grupo, más que exclusivamente como la residencia de quienes lo habitan, tal como sucede en los estados territoriales.

Entonces, hoy nos preguntamos si es posible incorporar las subjetividades en la definición de los territorios, considerando que estas son producidas socialmente y, por esta misma razón, sus bordes son contestados por significaciones dinámicas que se le otorgan.

Por otra parte, la espacialidad, en opinión de Agnew, es la forma en que se representa el espacio y cómo este tiene un efecto en los habitantes. Entonces, el arraigo a ciertos territorios, junto con el proceso de construcción de identidad de quienes lo habitan, estaría fuertemente influido por la representación que se hace del espacio. Aquí cohabitan aspectos materiales junto con procesos imaginarios del territorio.

El paisaje, como elemento constitutivo de la geografía y unidad de la vista, permite aproximarnos a esta idea del sujeto y las posibles lecturas que hace de lo que considera una unidad geográfica, como también de la que es excluyente. En este marco, en lo que se considera el espacio urbano, también el sujeto elabora lecturas respecto del paisaje y toma decisiones basadas en esas lecturas subjetivas sobre la organización material de lo que lo rodea.

Podríamos establecer que, al hablar de producción de subjetividades, entendemos que no son naturales al individuo. Más bien, se van constituyendo en un proceso dinámico fuertemente influido por la representación que hace o en la cual ha sido educado para hacer. Es por esto que surge el espacio social que, si bien se funda en condiciones objetivas, puestas en un lugar, estas no serían completamente definitivas del espacio. Tampoco serían concluyentes, sino que estarían siempre bajo el ojo de la sospecha por ser inciertas y cambiantes.

Los espacios sociales dependen en alguna medida, aunque no enteramente, del proceso de construcción de la memoria asociada a ellos. Pero también de la interferencia permanente de nuevas tecnologías que producen rupturas en la noción de lo que alguna vez se consideró un espacio en común.

El desafío entonces es, por decirlo de alguna manera, considerable. La pregunta es cómo entendemos esas subjetividades y más aún, cómo las hacemos parte del lugar que habitamos. Si para Agnew la espacialidad es una forma de representación que provoca un efecto en nosotros, los territorios entonces serán dinámicos en su significación y, en consecuencia, también lo será nuestra relación con ellos.

La singularidad del mundo en el cual nos desenvolvemos, entrecruzado por aparatos tecnológicos que desestabilizan los espacios, comprimiéndolos en algunos casos y en otros expandiéndolos, nos enfrenta a una incertidumbre geográfica donde la nomenclatura objetiva ya no nos permite observar un mundo o los diversos mundos o planos que nos rodean. En esta singularidad, es necesario y urgente prestar atención a las distintas subjetividades puestas en el lugar con el propósito de aprender a caminar sobre un terreno menos a la deriva.

Por último, no se trata de desconocer ciertas condiciones objetivas, sino más bien incorporar el sentido construido socialmente del territorio, de forma de dar respuestas más acertadas a la complejidad que nos rodea.



Sentido, Identidad y Diseño Urbano

Existen ciertos aspectos íntimos –tan íntimos como las emociones– que son privativos del individuo. Normalmente son influenciados por una experiencia externa sobre la cual se construye un proceso de valoración. Pero en algunos casos la persona puede incluso carecer de la capacidad de interpretar sus propias emociones. Aun así, y a pesar de su potencial desconocimiento, el sujeto enfrentado al diseño de un espacio urbano va a tomar decisiones, algunas basadas en procesos emocionales, incluso sin conocer la emoción que experimenta. Suena refutable en un principio; sin embargo, la manera en la cual experimentamos el espacio físico es subjetiva. Pero ¿qué pasa cuando otros experimentan las mismas subjetividades que nosotros? Es decir, cuando otros experimentan las mismas sensaciones cuando se evocan memorias, aun cuando estas no sean iguales. Entonces hablamos de intersubjetividades, de subjetividades compartidas.

Esta forma originaria de síntesis pasiva de identificación también es denominada por Husserl en algunos pasajes como asociación. Así los cuerpos llegan a ser conscientes en un vivo evocarse el uno al otro, donde mi cuerpo

orgánico presente en mi esfera de pertenencia de forma original opera como fundamento para realizar el deslizamiento de sentido al cuerpo orgánico otro. Es decir, un cuerpo otro “como el mío”. De esta manera queda radicada una trascendencia intencional donde dos objetos distintos, mi cuerpo y el cuerpo otro, se evocan el uno al otro en coincidencias cuyo caso extremo es la igualdad (Balbontín 2015, 253).

Así lo explica Balbontín: estas intersubjetividades no son individuales puesto que es la convergencia la que establece ese vínculo, donde se es parte de un todo. Entonces, cobra sentido que un lugar pueda provocar determinadas emociones no solo a un sujeto, sino a una comunidad. Por esto, la interpretación que hacemos de los lugares –que puede ser incluso pre-cognitiva– puede llevarnos a darle un sentido. La pregunta es cómo. Como parte de una comunidad mayor, ese sentido estará articulado con nuestra identidad colectiva cultural, ya que, si pensamos que los lugares son una proyección material de nuestra identidad, entonces los objetos se relacionarán con nosotros de maneras no triviales. Los seres humanos somos maquinas simbolizadoras y cada vez más hemos ido otorgándole significaciones a los objetos y lugares. Esto encuentra Arze en una investigación en plazas ubicadas en tres ciudades españolas.

Durante el movimiento de los indignados en el año 2011, la Puerta del Sol sirvió de espacio de manifestación ante la disconformidad de la sociedad con sus representantes gubernamentales. Este hecho sugirió la reinterpretación del espacio pensando en su potencialidad; de esta manera, el lugar volvió a adquirir un protagonismo simbólico. Lo interesante de este fenómeno es la reinterpretación que la sociedad le otorga a este espacio público (Arze Arce 2014, 105).

En este último apartado, se discute la identidad como eje central de los lugares que convocan un sentido para los habitantes, transformándolos en lugares emblemáticos para las ciudades y por lo mismo insustituibles e imperecederos. Junto con lo anterior, al finalizar se profundiza en algunos principios de diseño urbano determinantes para que los lugares se vuelvan simbólicos dentro de la ciudad. En esta última parte creemos posible ofrecer algunas reflexiones sobre la ciudad contemporánea. Pretendemos entregar una explicación, que puede ser inexacta, pero no por eso carente de una veracidad relativa para entender la racionalidad que envuelve ciertas partes de la ciudad, y una explicación acerca de porqué, estas son importantes para los ciudadanos.



Identidad y sentido

Nº12, 2012

Frente a la disyuntiva de estar frente a las crisis sistemáticas del sistema urbano nacional –vulnerable a todo tipo de eventuales calamidades, tanto humanas, como materiales– cabe preguntarse ¿cuál es el sentido que debe orientar nuestro quehacer como sociedad? Y si bien la respuesta parece obvia, no lo es tanto, sin duda porque en el ejercicio de reflexión debieran existir al menos algunos principios orientadores. Sin embargo, este ejercicio no siempre es posible debido a la gran cantidad de intereses involucrados en este sistema.

Para avanzar, en mi opinión, “mejores ciudades son ciudades que albergan múltiples lugares que tienen sentido, y donde podemos encontrar que estos sentidos son persistentes en el tiempo” (Rodríguez 2012). Sin anquilosarse, dichos sentidos debieran más bien renovarse constantemente y, de esta manera, fortalecer el sentido de pertenencia de sus habitantes. Este es un camino para que “los ciudadanos perciban en la conformación urbana una articulación profunda con su propia identidad colectiva cultural” (Rodríguez

2012). Siendo la identidad de la comunidad un proceso de carácter histórico, es al mismo tiempo un proyecto futuro, donde las múltiples posibilidades son también un proceso en construcción permanente.

Pero en este escenario ideal podemos observar que la ciudad se ha ido alejando cada vez más de un sentido trascendente para la vida en común, debilitando los lazos de pertenencia, sin formar parte de la identidad y sin un proyecto claro de identidad futura. El resultado son ciudades en permanente conflicto, donde la ciudadanía no solo se manifiesta para expresar sus necesidades, sino también sus más profundas frustraciones, comprometiendo el proyecto colectivo que debiera forjarse en común.

La contienda que se da en el espacio urbano ha alcanzado a todas las instituciones, públicas y privadas, donde, como dice el refrán, “a río revuelto, ganancia de pescadores” Y en este revoltijo de presiones, claramente hay ganadores que se benefician con la turbulencia, instrumentalizándola mediante la especulación inmobiliaria.

En los últimos dos años, hemos visto cómo la credibilidad de las instituciones se ha visto seriamente amenazada, especialmente aquellas ubicadas en un territorio, muchas veces al interior de las ciudades. Los gobiernos de turno, en lugar de escuchar este clamor que tiene una espacialidad muy precisa –a tal punto que muchos grupos se autodefinen en función del territorio– desoyen esta urgencia y, en vez de resolver los conflictos territoriales sobre la base del diálogo, la búsqueda de acuerdos y su materialización, se defienden con estrategias que, por supuesto, comprometen el espacio, perpetuando las condiciones que dieron origen al conflicto.

La vía de escape de la situación anterior trasciende la condición unitaria de alguna ciudad en específico. Se necesita tener una visión urbana que oriente el desarrollo hacia propósitos más inclusivos de la población. Esto no puede ser solo retórica, sino fundarse sobre acuerdos concretos respecto de las múltiples identidades que conforman un cuerpo colectivo en común. A partir de ahí, se deben formalizar acuerdos precisos de un proyecto común que sea sostenible.

La identidad, por ser un proceso en construcción permanente y no solo un repositorio de condiciones históricas congeladas, debiera articularse conforme al desarrollo de la ciudad. El fin es dar cabida a sus habitantes de manera tal de estrechar los lazos de pertenencia, otorgando el necesario sostén que construya una comunidad.

Aquí es donde el sentido de lugar juega un rol fundamental. La ciudadanía hace suyo los lugares, en una compleja articulación entre sentimientos y memorias que, al ubicarse en un espacio, se convierten en un soporte importante para la estabilidad sicosocial de la comunidad. Quizás sea esta una forma de ir resolviendo la creciente hostilidad que hoy por hoy abunda en nuestras ciudades.



El derecho a la ciudad

Nº14, 2013

Que la ciudad donde vivamos contribuya a darle sentido a nuestra existencia es un anhelo fundado en las más profundas aspiraciones del ser humano. Si la ciudad cumple con este requisito, podemos sentirnos amparados al establecerse un vínculo que sustente nuestra existencia. De lo contrario, frente a la ausencia o a la destrucción de los lugares con sentido tributario, entre otros factores, del pacto social, la sensación de abandono y desolación inundan el paisaje urbano. Por eso es tan importante el derecho a la ciudad. Este concepto no es nuevo, pues fue acuñado en 1968 cuando el francés Henri Lefebvre escribió su libro *"El derecho a la ciudad"* (1969), en un esfuerzo reflexivo por entender el impacto sufrido por las ciudades en el mundo occidental.

El derecho a la ciudad permite aspirar a la construcción de un espacio en el cual vivir dignamente, posibilita reconocerse como parte de ella y facilita el acceso a los bienes constitutivos del espacio urbano: trabajo, salud, educación y vivienda. Pero también a los bienes intangibles: participación, acceso a la cultura en un amplio sentido y oportunidades para crear más cultura. Todo lo anterior colabora en la constitución de una ciudad digna.

El derecho a la ciudad, dice Lefebvre, es “el derecho de toda persona a crear ciudades que respondan a las necesidades humanas” (1969). De esta manera, todos debíamos tener los mismos derechos para hacer las ciudades que queremos. El derecho a la ciudad, tal como lo establece David Harvey (2013), no pasa simplemente por hospedarse en lo designado, sino también por poder transformar la urbe en algo diametralmente nuevo, en esto radica su dignidad. El espíritu de la vida en comunidad se fragua en un constante viaje entre lo nuevo y lo viejo; la apuesta aquí, podríamos decir, es tratar de configurar con éxito el resultante palimpsesto urbano.

Todos quisiéramos vivir en una ciudad digna y percibimos que estamos en una cuando sentimos que habitamos; lo sabemos al identificar los lugares que otorgan sentido a la vida en comunidad. Lo notamos en el transitar satisfecho de sus habitantes, quienes despliegan los tejidos minuciosamente elaborados de sus costumbres. No obstante, en la actualidad, a lo que más estamos sometidos es a ciudades abyectas; sin lograr distinguir la conjunción de elementos que la someten a esta condición, sin reconocer la ausencia de lugares que despierten un sentir lúdico en nosotros. Se trata de ciudades que destruyen su patrimonio histórico y lo sustituyen por arquitecturas amenazantes o tan precarias que solo pueden albergar actividades que siniestran la identidad del habitante.

Hemos avanzado peligrosamente en la construcción de ciudades y pueblos degradados, donde se conjugan elementos internacionales copiados globalmente, en el caso de ciudades con suficientes recursos económicos. En la vereda opuesta, ciudades y pueblos pobres solo se contentan con estas arquitecturas precarias que obstruyen la identidad y enajenan los sentidos. Ciudades y pueblos que no seducen al habitante, condenándolo

al hastío, como tampoco atraen al visitante, y donde solo parasitan vestigios inconstantes del pasado y las prácticas de un devenir desesperanzado en una forma ruidosa y estridente.

Restituir la dignidad a nuestras ciudades es volver a darle un lugar al sentido, reconstruir nuestras ciudades en función de aspiraciones y voluntades propias, haciendo explícitas las manifestaciones de nuestra cultura. Por eso el derecho a la ciudad debe ser irrenunciable, de manera tal que los lugares significativos puedan albergar prácticas sociales colaborativas con el proyecto de la comunidad. En la comunión de los lugares que guardan una vocación compartida y la satisfacción de la gente de tener una vida plena de sentido, se halla el desafío de la política urbana. Esta apuesta va más allá de los acuerdos de un gobierno de turno, ya sean nacionales o locales, atributo que solo puede ser acuñado en una sociedad con profunda vocación democrática.



En búsqueda del sentido en la ciudad

Nº15, 2014

Frente al hecho indiscutible de que el grueso de la población del país reside en ciudades (87,8 % del total de habitantes)⁶, o al menos utiliza sus servicios, nuestra preocupación debiera estar puesta en construir las mejor. Sin embargo y de manera categórica, los ciudadanos manifiestan su insatisfacción por habitar en ellas, lo cual se traduce en expresiones cada vez más agresivas a consecuencia de problemas asociados con la funcionalidad, pero también a dilemas relativos a la pérdida de lazos de pertenencia con el espacio circundante. En este contexto, podemos concluir que habitan ciudades sin sentido.

Nuestra disyuntiva actual debiera radicarse en redescubrir el o los sentidos perdidos en el devenir del tiempo y, adicionalmente, a construir nuevos significados para la vida en común. Con esta preocupación en mente,

⁶ https://www.ine.cl/docs/default-source/censo-de-poblacion-y-vivienda/publicaciones-y-anuarios/2017/publicaci%C3%B3n-de-resultados/sintesis-de-resultados-censo2017.pdf?sfvrsn=1b2dfb06_6

quisiera proponer nuevas aproximaciones para dar curso a las interrogantes que plantea la ciudad contemporánea.

Al señalarla como Capital Americana de la Cultura 2016, Valdivia ha sido distinguida recientemente como una ciudad con la cualidad de contar con lugares significativos para la ciudadanía. Más allá de lo discutible que puede ser el evento –no solo para dicha ciudad sino también para el resto de las urbes chilenas– lo verdaderamente notable es la cantidad de personas que participaron en la consulta realizada. Más de 53.000 personas han llegado a consenso acerca de la relevancia que tiene para la ciudad los denominados para este efecto tesoros del patrimonio cultural⁷.

Al detenernos un poco en los atributos que poseen estos lugares, es evidente y clave el papel que juegan la naturaleza y los parques urbanos. El público ha desarrollado una conexión profunda con estos espacios y dentro de la vorágine destructora de sentidos de la modernidad, aún persisten instituciones que con sabiduría han logrado conservar su presencia. La Universidad Austral de Chile es una de ellas. Con una fuerte convicción sobre el papel que desempeña la academia en el quehacer regional y nacional, el aporte a la ciudad del Jardín Botánico ha permitido construir una cadena de significados, no solo entre la población universitaria, sino para el resto de la comunidad.

⁷ <http://www.diarioelranco.cl/2014/08/02/valdivia-elige-los-7-tesoros-del-patrimonio-cultural/>

Quienes tienen la responsabilidad de dirigir los destinos de nuestra convivencia cotidiana debieran tener presente la urgente necesidad de mantener y aumentar la cantidad de lugares que guardan la vocación de dotar de sentido a la población. La contundencia con que se ha manifestado la ciudadanía respecto de esta consulta evidencia el papel que estos lugares tienen dentro de la ciudad y para los individuos que la habitan.

Sin embargo, la consulta ha dejado en evidencia muchos aspectos no del todo agradables para quienes valoramos el gran aporte que puede llegar a ser la vida urbana. Con esto me refiero al escaso lugar que ocupa el patrimonio construido en la memoria urbana. El voraz apetito del modelo político-económico por reducir todos los aspectos de la vida a indicadores económicos ha pavimentado un camino hacia la destrucción o, en algunos casos, a la nula incorporación del patrimonio construido. Dicho patrimonio se entiende que involucra tanto edificios privados y públicos, como espacios públicos propiamente tal.

Tal como la respuesta a la consulta realizada ha definido a la naturaleza como eje gravitante para la vida en común en la ciudad de Valdivia, también los lugares construidos debieran guardar un espacio significativo para la opinión pública. De esta manera, podríamos tener ciudades más articuladas con la población.

Al incorporar esta perspectiva, las ciudades podrían contribuir a mejorar el acuerdo social, atributo necesario para disminuir, al menos parte, los dilemas que afectan al mundo contemporáneo.



La condición de vitalidad en las ciudades

Nº16, 2014

Han transcurrido más de 50 años desde que Jane Jacobs escribiera el texto seminal “Muerte y vida de las grandes ciudades americanas” (Jacobs 1992). El devastador efecto de las teorías modernas sobre el urbanismo contribuyó a que la urbanista clavara la mirada en las grandes ciudades y las peculiaridades que las hacían interesantes. “Piensa en una ciudad y ¿qué viene a la mente? Sus calles. Si las calles de una ciudad se ven interesantes, la ciudad parece interesante; si ellas lucen aburridas, la ciudad se verá aburrida”. Hoy sabemos algo más del tedio que produce caminar por una calle despoblada de gente; entendemos que el horizonte cercano no solo será fastidioso de sobrellevar, sino también podría ser desmoralizador para el individuo, incluso llegando a ser perjudicial para la economía urbana. En este contexto, hablamos de la pérdida de salud de la ciudad en su conjunto; así al menos lo han dejado saber los autores que han investigado sobre la vitalidad en la ciudad.

Por otro lado, observamos que la vitalidad en nuestras ciudades está directamente relacionada con el consumo de bienes y servicios que, en sus distintos espacios, estas puedan ofrecer. Pero ¿existen otros cuestionamientos

respecto de la vitalidad a los que válgala pena poner atención? La respuesta se orienta más bien al rol del espacio público como soporte de las actividades cotidianas que se dan en conjunto con el intercambio comercial. Las calles más vitales que se pueden distinguir en las ciudades chilenas son, por ejemplo, Barros Arana en Concepción, Uno Sur en Talca o el Paseo Ahumada en Santiago. Son calles desposadas con el peatón, unión que surge a partir de que no experimentan la amenaza del vehículo. Son calles que no solo ofrecen la posibilidad de consumo de los más variados objetos y servicios, sino al mismo tiempo, poseen una calidad espacial dada por la legibilidad de los patrones constructivos, el confort del mobiliario, la protección frente a las condiciones climáticas o la sorpresividad del misterio, entre otras muchas características que las hacen ser grandes calles.

La vitalidad, aun cuando es importante, no lo es todo. En ocasiones, las calles, siendo vitales porque un sinnúmero de personas deambula por el espacio, adolecen de sentido, son rutas de tránsito que marchitan la vida urbana. Esta situación lamentablemente convive también en algunas ciudades. Calles sin sentido que no son más que canales de dispersión para los vehículos. ¿Podemos hacer convivir la vitalidad con el significado de manera que la comunidad pueda reunirse y dotar al lugar de memoria? La respuesta es que sí se puede. Como mencione anteriormente, los lugares con significado para las ciudades de Concepción, Talca y Santiago están ubicados en calles con gran vitalidad; el tumulto congenia perfectamente con la habitabilidad, sin entorpecerla. Calles que, además, ofrecen un espectáculo cotidiano de artistas y cultores locales que celebran la raigambre de la ciudadanía. La certidumbre de que algo acontecerá, sin saber exactamente qué, también es el elemento sorpresa que requieren los espacios públicos.

Podemos llenar los espacios urbanos con muchedumbres expectantes de encontrar actividades festivas, pero esto debiera ser sin el agobio de una ciudad que sobrepasa su capacidad de contener una vida armoniosa. Sin duda, la vitalidad de una ciudad se desenvuelve cuando la gente también es parte de la arquitectura, donde los ciudadanos encuentran mejor calidad de vida. Jane Jacobs soñaba con esto cuando escribió su libro,, aspiraba a que el trayecto cotidiano traspasara la barrera de ser un ejercicio forzoso para ser más bien una experiencia deseada.



La memoria situada

Nº17, 2015

Una reflexiva generación de estudiosos del tema urbano ha comenzado discretamente a considerar otro aspecto de la ciudad, una cualidad que hasta ahora había sido invisibilizada por el llamado conocimiento experto: la facultad del espacio urbano de exhibir su historia, su tradición, su naturaleza, su comunidad imaginada en la forma de nacionalidad, o incluso de una localidad, permitiendo con esto consolidar los lazos que construyen su identidad. La memoria de lo acontecido permite ir conformando, a la medida del tiempo, lugares significativos.

Para las ciudades, el espacio público es el más emblemático de los lugares y sin ánimo de polemizar, este ha quedado ausente en el proceso expansivo de la ciudad contemporánea. El relegamiento del que ha sido objeto se confabula con la pérdida de sentido de pertenencia de los individuos y su ciudad al no existir un proceso de construcción de memoria vinculada a dicho espacio. Esta situación es de factura reciente. Se inauguró con el advenimiento del Modernismo y la formalización de edificios puros e impersonales exentos de toda mezcla que pudiese empañar la obra gruesa; calles con el propósito

exclusivo de dirigir el tráfico y modelos urbanos repetidos a lo ancho del planeta, sin un vínculo con el contexto.

Al someter a examen el espacio público que dota de sentido a la vida urbana de las ciudades chilenas, distinguimos que estas comparten la plaza fundacional como núcleo gravitacional de sociabilidad de la población. En ese ir y venir de cuerpos; cuerpos que descansan de algún trámite de última hora y cuerpos que transitan velozmente hacia direcciones desconocidas, y a veces se detienen frente a alguna manifestación pública sorpresiva tan propia de las plazas de regiones. Aquí es donde la plaza revienta de vitalidad humana, tal como se indica para la ciudad de Concepción “Siguiendo la tradición española, la Plaza de Armas de la ciudad es el espacio cívico más importante. En torno a ella se agrupa el poder civil y militar, el comercio, los vecinos más respetados y la iglesia” (Cartes y Mihovilovich 2011). Todos están contenidos en ese lugar, obedientes aún a la hegemonía establecida por las instituciones que le dieron vida hace cientos de años. Aun cuando algunas ya no están, el espectro de su figura llena de sentido de pertenencia con una ausencia que no se extraña.

Se trata del lugar donde la ciudad coloca sus símbolos fijadores de comunidad imaginada que intenta representar. Son lugares que guardan una vocación de raigambre cultural y que, por esto mismo, han sido escriturados por ser impertinentes al tiempo. En su composición poseen suficiente potencia para enquistarse en la imaginación de los narradores y artistas, quienes alojan sus creaciones entre estos espacios y los que ellos mismos recrean.

Los símbolos estampan la memoria en el espacio urbano, transformándose en un texto que otorga las valoraciones e interpretaciones colectivas de

las memorias. El grado de consenso o de disputa en la ciudad se lee en el despliegue de estos dispositivos en el espacio, donde el futuro se juega entre las tensiones del pasado y que aún atraviesan el presente. Las prácticas asociadas a estos lugares almacenadores de memorias, sean estas plazas, calles o edificios, anclan el mito que permite a los habitantes el soporte que hace funcionar el engranaje social. Aun a pesar de que el mito a veces obscurece el mundo que lo rodea, dejando entrever solo un mundo donde el presente no acontece.

Así, los esfuerzos por territorializar la memoria en el espacio urbano pueden ser leídos como una voluntad por honrar prácticas sociales que construyen finalmente, entre otros factores, el sentido de pertenencia de una comunidad.



El confort: pasado y presente en la ciudad chilena

N°18, 2015

Sin excluir otras condiciones de satisfacción material que pueden ser innumerables, el confort hace referencia a un estado de bienestar climático o de índole física similar. Por lo tanto, ese estado de bienestar es consecuencia de cierto equilibrio entre el ser humano y su medio, entre sus condiciones fisiológicas y las ambientales, y como expresión de tal equilibrio es un tema susceptible de variadas perspectivas y permanente interés.

Existe un criterio unánimemente compartido y aceptado de que la planificación urbana, tanto en sus aspectos urbanísticos y arquitectónicos como en los de vegetación y mobiliario urbano, pueden mejorar notablemente el confort bioclimático (Tornero, Pérez Cueva y Gómez Lopera 2006, 15).

La habitabilidad del espacio entonces posiciona al confort como un agente fundamental para definir dicha condición. La interrogante natural que surge de lo planteado es entonces ¿por qué en la expansión de la ciudad contemporánea el confort no aparece en la conformación de los nuevos vecindarios? Si exploramos una respuesta convincente en términos históricos,

la búsqueda del confort fue desde la fundación de la ciudad colonial materia de preocupación por parte de los conquistadores españoles.

Las Leyes de Indias⁸, Libro IV, Título VII, definen, por ejemplo, Ley Primera: “No elijan sitios para poblar en lugares muy altos, por la molestia de los vientos, y dificultad del servicio y acarreo, ni en lugares muy bajos, porque suelen ser enfermos, funden en los medianamente levantados, que gocen descubiertos los vientos del norte y mediodía...” Con respecto al ancho de las calles establecen lo siguiente: Ley X “Forma de las Calles. En lugares fríos sean calles anchas, y en lugares calientes angostas...”. Las normas declaradas en las Leyes de Indias que dicen relación con la fundación de ciudades son bastante precisas y mucho de lo que hoy disfrutamos con el confort en ciertas ciudades guardan un origen que se remonta a esta época de fundación.

Dentro del contexto de las ciudades chilenas, la presencia del confort en el espacio público está dado por distintos factores; la sombra que dan los árboles y las galerías interiores de los edificios, los cuales permiten refugiarse en las distintas estaciones del año; los asientos en el espacio público es otra cualidad del confort, que multiplica sus atributos si también es lo suficientemente versátil para que la gente reinterprete ciertos elementos como potenciales asientos, incluso cuando estos no han sido diseñados para tal efecto. Los peculiares atributos que otorga el confort en el espacio público lo hacen suficientemente importante para ser considerado en el

⁸ Las Leyes de Indias son una recopilación de las distintas normas legales vigentes en los reinos de Indias, realizada durante el reinado de Carlos II. Fueron promulgadas mediante real cédula el 18 de mayo de 1680.

diseño urbano y como ha sido descrito, la preocupación por este aspecto tiene una prolongada historia en las ciudades chilenas. Es por esto que causa sorpresa que al diseñar nuevos proyectos urbanos destinados a expandir la ciudad, el confort no sea considerado como un elemento fundamental para la calidad de vida de los futuros residentes.

La expansión de la ciudad no solo debiera definirse por criterios economicistas, sino también por el bien común, sobre todo si estos se encuentran sólidamente fundados en la historia de la ciudad.



La legibilidad del conjunto urbano

Nº19, 2016

Es una cualidad visual, distintiva de los lugares notables de la ciudad. Estos lugares son emblemáticos porque en su interior uno percibe que está dentro de un espacio sobresaliente, entre los muchos otros espacios que definen una ciudad. La legibilidad está dada por la facilidad con que sus partes pueden reconocerse y organizarse en una pauta coherente del todo. En efecto, una ciudad legible hace que sus distintos sitios sobresalientes sean fácilmente identificables y que se agrupen organizadamente en una pauta global; eso es lo que dice Kevin Lynch en su libro “La imagen de la ciudad” (Lynch 2014).

El destacado académico, teórico del diseño urbano, define un método para analizar la legibilidad urbana basado en cinco elementos: caminos, bordes, distritos, nodos y puntos de referencia. Los caminos son los canales por los cuales el observador se mueve de manera habitual, de vez en cuando o potencialmente. Los bordes, por otra parte, se entienden como elementos lineales que separan dos áreas distintas; en tanto los distritos son las áreas interiores, limitadas por un borde y con un carácter o una identidad en

común. Los nodos, por otro lado, son puntos estratégicos con alta energía captadora de viajes. Por último, los hitos o puntos de referencia son por lo general estructuras físicas definitorias de un paisaje.

En virtud de lo anterior, un ejemplo sobresaliente vendría a ser el Foro de la Universidad de Concepción. Ubicada en la ciudad del mismo nombre, la completitud del espacio público merece una mención importante dentro de los campus universitarios de Chile. La linealidad dada en el perfil del cielo, de los edificios que confluyen en el eje principal, es una peculiaridad que hace de este campus uno de los más bellos y mejor planeados del país, si no el mejor. Dentro de este conjunto, el campanil –con bordes bien definidos dados por los edificios que lo franquean– provee orientación y opera como un hito dentro del sector del Foro.

Otro atributo distintivo del sector son los árbolesque, al estar alineados al recorrido, dan legibilidad al paisaje. Ubicados en intervalos de siete metros y todos de la misma especie, construyen el patrón de legibilidad del conjunto. La arboleda se localiza en ambos costados de la vereda sur, pero a partir del Foro la línea de árboles solo se halla en el lado sur de la vereda. De acuerdo con Berrios (2007), los volúmenes se organizan y amoldan según las condiciones del sitio emplazado; se reconocen ejes peatonales principales y secundarios, los cuales van armando una trama sistemática y coherente dentro del sitio de la universidad. La arborización propuesta va más allá de ser un objeto decorativo, se ve una voluntad de ocupar los árboles como elementos configuradores del espacio urbano, limitando y tensionando la vivencia peatonal (Berrios 2007).

La intención develada detrás del plan del arquitecto Duhart era, en un crecimiento futuro, dar una forma coherente y equilibrada al conjunto en su totalidad. El gran valor del ensamble estuvo en el hecho de asumir la arquitectura dentro del pensamiento urbano y a la medida del ser humano. La relevancia de resaltar este ejemplo de un lugar en la ciudad de Concepción está dado por el poder seductor que ejerecen sobre el imaginario urbano de la comunidad. La capacidad evocativa de la memoria construida por generaciones y la habilidad de cada habitante de resignificar el espacio lo han convertido en pieza clave de su sentido de pertenencia.

Por todo lo anterior, ha sido posible construir la imagen de la ciudad a partir de la representación material de su identidad. Siendo un campus que se origina bajo la forma de un proyecto pensando en su completitud, es el lugar por excelencia. Reúne la condición de ser un lugar, un trayecto y un portal, y todo lo anterior se conjuga para transformarlo en la imagen urbana de la ciudad de Concepción.



Ciudades lúdicas

Nº21, 2017

En la obra “The Ludic City” escrita por Quentin Stevens (2007), el autor descifra las claves de los espacios lúdicos existentes en algunas ciudades. Tomando como ejemplo la ciudad de Melbourne, Australia, examina y reflexiona acerca de la importancia del juego en la construcción del sentido de lugar para la ciudadanía y, en última instancia, en la satisfacción de los residentes y los visitantes. En la teoría filosófica que revisa el autor largos pasajes se destinan a conceptualizar la teoría del juego, definiéndolo como una actividad esencialmente improductiva donde el tiempo que se le destina es una labor sin racionalidad productiva- Siendo la ciudad esencialmente producción de relaciones laborales, sociales o de otra índole, el juego es un devaneo ilimitado sin resultados calculables dentro de la lógica urbana actual.

Por su parte, Johan Huizinga, historiador nacido en los Países Bajos (Huizinga 1970), estima que el juego es esencialmente libertad, por lo que sus prácticas se constituyen separadas de las convenciones, demandas y restricciones de la vida cotidiana, más que solo ser reflejo de la libertad. El filósofo francés Roger Caillois argumenta que “el juego resiste de una forma disruptiva la

idea de racionalidad e instrumentalización del espacio urbano. En lugar de producir riqueza material, el juego consume; el juego es un desperdicio de tiempo, energía, ingenio, destreza y a menudo de dinero” (Caillois 1961). Este mismo autor plantea la categorización de distintos tipos de juego, los cuales se ubican en juegos de competencia, azar, simulación y vértigo, (los términos propuestos son: *âgon, alea, mimicry e ilinx*).

“La ciudad crea condiciones para el juego porque, al igual que la actividad del juego en sí misma, esta sitúa los objetos en nuevas relaciones no convencionales, mejora el reconocimiento de las conexiones, las cuales no se refieren a instrumentalidad o poder” es lo que opina Stevens, al interpretar la ciudad desde la teoría del juego (Stevens 2007). Tal es el caso de la ciudad de Valparaíso, Chile. Primer puerto del país, fue la puerta de entrada de numerosos inmigrantes durante el siglo XIX.

Hoy por hoy, sus múltiples pasajes y calles arrastran la energía desbordante de la muchedumbre. No obstante, este devenir ciudadano no solo se sacude en las calles, también se aloja en los minúsculos espacios públicos, contorneándose al trepar por sus cerros. Nada más fuera de lo ordinario es la trayectoria por los vericuetos de las engarzadas calles de Valparaíso. Cualquier afuerino presente dentro de la estructura informe un sorprendente entramado de calles, espacios públicos, plazas, miradores, pasajes y escaleras que desorientan la caminata sin provocar pánico en el extravío.

Al hablar en este texto de Valparaíso, su identidad y su gente, se compagina un contexto que se presenta especialmente atrayente por su forma urbana, pero también por la movilidad de su gente. El desplazamiento calcáreo hace que el porteño esté siempre atento, suspicaz frente a la geografía, creativo,

naciente y juvenil. Con una inteligencia innovadora al modificar su entorno y recrear sus propios vericuetos en la dimensión urbana, hace de esta ciudad quizás una de las más lúdicas y, por lo tanto, seductoras del país.

En esta dimensión del juego se introduce la dimensión urbana como propuesta de invención y soltura para entender el crepitante acontecer de nuestra ciudad puerto. Los lugares lúdicos son necesarios dentro de nuestras ciudades y Valparaíso asiente al saberse convocante de estas peculiaridades y de muchas otras más. Tal como se ha dicho en innumerables ocasiones, las ciudades son muchas cosas y entre ellas, deben ser también un juego.



Conversaciones al cierre

En estas conversaciones al cierre que ponen fin a este libro nos parece apropiado discutir respecto de la epistemología, ya que es un área de la filosofía que se preocupa del conocimiento. ¿Qué tipo de conocimiento necesitamos para entender la ciudad contemporánea? ¿Es el conocimiento salido de los muy famosos y recurridos *big data* que hoy por hoy están inundando nuestras investigaciones? ¿O es necesario también reflexionar sobre la interpretación que se hace de esos datos o de otros que podamos recolectar en nuestra vida cotidiana a través de la experiencia del recorrido por sus calles y distintos espacios? Esta es quizás nuestra propia disputa epistemológica territorial, si se quiere. La idea es poner en el debate todos estos otros aspectos que nos rodean y que, en última instancia, también aportan sentido a vivir en la ciudad. Por lo tanto, en esta última parte me ha parecido importante hablar acerca de la epistemología, ya que como corolario necesitamos quizás salir de la ventana y colocarnos en una vereda desde donde también reconozcamos esta manera de conocer la ciudad.



Acerca de las disputas epistemológicas

(I parte) N°27, 2020

Del griego *episteme*, es decir “conocimiento”, la *epistemología* es una rama de la filosofía cuya ocupación involucra la adquisición de conocimiento, la fundamentación, los límites, el método y la validez (Jaramillo Echeverri 2003). Tan claro como el agua, no debiera dar motivo para mayor controversia. Sin embargo, las disputas emergen en cada lugar que involucra a seres humanos (o sea todo el planeta en la práctica). Aquí, no solo hablamos respecto del conocimiento científico generado en los laboratorios, en centros especializados de investigación o en universidades. También hablamos del conocimiento generado por quienes cotidianamente transitan por el mundo, sin cargar un procedimiento estructurado de método científico, o lo que llaman algunos, *gnoseología*.

A pesar de la irrefutabilidad del método científico para conocer el mundo y, por supuesto, llegar a la verdad, tenemos unas cuantas interrogantes que apuntan con especial énfasis hacia la epistemología que subyace en la producción del conocimiento contemporáneo. Tradicionalmente, este se traduce en poder comprobar o falsear, a través de las evidencias, alguna

hipótesis. El proceso implica poner a prueba las teorías y, si existe evidencia suficiente –lo que conocemos como anomalías– refutar dichas teorías. Con esto el conocimiento avanza y surgen nuevos paradigmas, de acuerdo con lo manifestado por Thomas S. Kuhn en “La estructura de las revoluciones científicas” (2013). De esta forma se alcanzaría una verdad universalizante.

Aristóteles invitaba a conocer el mundo a través de los sentidos, proceso que denominó empirismo. ¿Con qué objeto? Conocer la verdad de la realidad, ese era el propósito o el por qué. Posteriormente, otros partieron de la base de que solo era posible conocer el mundo a través de la razón, creando el racionalismo. La realidad debía ser tratada de una manera objetiva. Entonces es cuando surgen las disputas desde una realidad interna-subjetiva o una externa-realista objetiva.

Por otra parte, el mundo contemporáneo que necesitamos conocer alberga a un ser humano, cuyo impacto planetario ha condicionado el entorno a ser socialmente construido, incluida la naturaleza. Sabemos que cuando el sujeto está presente, el conocimiento que podemos producir involucra una experiencia sensorial, la cual siempre está sujeta a múltiples categorías. Es por esto que Theodor Adorno (2001) advierte que lo que se discute no es la investigación empírica o su omisión, sino su interpretación.

En este sentido, es clave entender la incorporación de nuevas epistemologías para conocer este mundo sometido a las influencias humanas. El empirismo radical, como lo llaman quienes adscriben a la teoría no representacional (Thrift 2008), acontece en el momento, permite ver el espacio geográfico como un espacio dinámico y no puede ser representado ya que no permanece estático.

Por otro lado, para quienes se sumaron jubilosos a conocer el mundo por medio de la racionalidad y no solo a través de las conclusiones empíricas de las investigaciones, era posible alcanzar la verdad por medio de una premisa constitutiva de los seres humanos; estos operaban en el mundo a través de acciones racionales que serían positivamente factibles de comprender.

No obstante, emergen nuevos cuestionamientos a estas premisas sin hablar de irracionalidad como un opuesto a la racionalidad. En efecto, es la emocionalidad la que ha sido marginada por el pensamiento racional de las posibilidades de conocer y de producir conocimiento. En mi opinión, esto también es discutible; observamos el mundo a través de las emociones y estas producen acciones. Emociones como la ira, la alegría y el miedo van construyendo huellas en nuestro mundo y, en algunos casos, cicatrices en el territorio. En este mismo sentido, ¿no es acaso la emoción creativa la que se manifiesta en el arte?, y este mismo, ¿no es acaso una forma de conocer el mundo?

Por último, aquí hemos hablado entonces de abrirse a una epistemología distinta; una que integre al ser humano en prácticamente toda la esfera terrestre, considerando que su impacto es global y somete también al conocimiento a buscar nuevas formas de alcanzar la verdad.



Acerca de las disputas epistemológicas

(II parte) N°28, 2020

En las Pláticas desde la Ventana anterior nos referimos a encontrar nuevos caminos epistemológicos para “conocer el mundo y llegar a la verdad”, aspiración planteada ya por Aristóteles hace más de dos mil años. En esta segunda parte, quisiera profundizar en un aspecto fundamental – brevemente examinado en la parte I de estas Pláticas desde la Ventana– que permita entender por qué debiéramos prestar atención a las disputas epistemológicas que atraviesan nuestras distintas maneras de conocer el mundo y llegar a la verdad, aun cuando esto sea paradójal.

El ser humano se ha erguido como el agente de transformación más poderoso del planeta, capaz de cambiar incluso el curso del destino de la Tierra y quienes la habitan; humanos, no humanos y también los materiales naturales y aquellos objetos producidos por la humanidad. Esta es por lo menos la premisa que nos presenta el Antropoceno, última era geológica donde la acción humana estaría dejando huellas rastreables incluso miles de años hacia el futuro (de Cozár Escalante 2019).

Si consideramos que el ser humano se constituye como un cuerpo, que no es pura racionalidad, sino que involucra una emocionalidad que toma fuerza, especialmente en tiempos de incertidumbre, entonces su capacidad de agencia se torna muchas veces incomprensible para quienes pretenden entender el comportamiento humano desde una epistemología que parte de la base de una racionalidad y, más peligroso aún, desde un punto de vista disciplinario, excluyendo otras disciplinas.

Volviendo nuevamente a la definición de epistemología dada por Jaramillo Echeverri (2003), que involucra la adquisición de conocimiento, la fundamentación, los límites, el método y la validez, surgen algunas interrogantes a lo menos inquietantes. ¿Cómo adquirir conocimiento en un mundo interrelacionado por todos los seres que pueblan la Tierra, la materialidad natural, los objetos producidos por los habitantes y el planeta? ¿Cuál o cuáles serán los métodos adecuados para inquirir? ¿De qué manera serán válidos estos procedimientos? y más difícil aún, ¿dónde están los límites de este conocimiento?

Si a lo anterior añadimos la emocionalidad que opera en los seres humanos y algunas veces en los no humanos, ¿qué tipo de epistemología debiéramos construir para conocer el mundo y llegar a la verdad?, algo que, en última instancia, es el propósito de la ciencia. Aquí hablamos de ciencia ya que al parecer las artes y las humanidades han sido más atentas en el proceso de integración.

Frente a tanta interrogante, debiéramos partir por algo simple, al menos al inicio, que nos permita ir desenrollando esta cinta de Möbius. Esta figura es bastante ilustrativa para mostrar el cambio en nuestra percepción,

especialmente cuando queremos establecer un límite entre adentro y afuera y arriba y abajo, ya que, probablemente en la actualidad, nos enfrentamos a superficies no orientables. Julio Cortázar en un controvertido cuento llamado “Anillo de Moebius” roza esta indeterminación de nuestra realidad.

Cortázar cambia nuestro punto de vista sobre la interpretación de la realidad, pero es importante observar que para conseguir eso en este caso preciso, ha debido bajar a la muerte misma para imaginarla ya no como lo opuesto a la vida, sino como su contrario. Sí según la célebre distinción de Platón en El Sofista, los contrarios admiten un término medio (como el frío y el calor, el blanco y el negro) y las oposiciones no lo admiten nunca (Ilian 2012, 9).

Este cuento nos permite incorporar un primer eslabón dentro de una epistemología en el examen de nuestra realidad. Esta es la indeterminación, la irregularidad de lo imprevisto e imprevisible. Aceptar su coexistencia en los procesos que actualmente tienen lugar en nuestro mundo nos señala una dirección, ¿para qué? Para que, paradójicamente, no nos tome por sorpresa.



El origen y el final

(N° 29, 2022)

Todo inicio contiene un desarrollo, pero también un término, y las Pláticas desde la Ventana no escapan a este ciclo vital. Distinguimos este punto de inflexión en Chile y el mundo, por lo que es necesario hacer un alto dentro de la Revista AUS en la sucesión de esta sección. No queremos perder la oportunidad de reconocer este lugar distinto, diferente al que hemos habitado hasta ahora. Nos interesa revisar qué significan para nosotros palabras como el origen y la pausa, ¡si son causas!, estados en un proceso o algo más transversal. Sin duda no pretendemos acabar este debate en el breve espacio de la columna, sino más bien abrir una discusión relevante para lo que asoma en el horizonte.

La palabra “origen”, que viene del latín “origo” (comienzo) –que según la RAE puede ser entendido como principio, nacimiento, manantial, raíz y causa de algo– está revestida de la connotación de lo nuevo, pero también concurren diversos aspectos, incluso algunos de ellos considerados míticos. No existe algo preliminar al origen, sino solo lo subsiguiente, lo que viene a continuación del nacimiento, y desde esta breve introducción surge la

interrogante, ¿qué es lo que está pariendo nuestro país?, pero también es pertinente preguntarnos ¿qué está naciendo en nuestro planeta?

Con la experiencia acumulada, es válido pensar que nada nace sin turbulencias, tempestades o movimientos telúricos. En Chile, el comienzo de este nacimiento es el 18 de octubre de 2019. Un principio que origina una transformación tan poderosa que hace crujir los cimientos de la nación.

Por otro lado, origen también tiene relación con el verbo “oriri” (surgir, nacer, levantarse, aparecer) y con el oriente, la dirección desde donde sube el sol o nace el día. Esto nos permite reflexionar que no solo da inicio a un movimiento nacional, sino también internacional; a comienzos de 2020, se desata una pandemia mundial, paradójicamente originada en Oriente, solo hablando en términos espacio-temporales.

Pero en términos de proceso, en Chile podemos situar el origen, la causa inicial en el llamado Estallido Social, y el efecto, en tránsito aún, es la Convención Constitucional. En el caso de la pandemia, el origen fue en Wuhan, China y el efecto, un mundo en pausa. Esta última concebida como parada, detención, intervalo, alto, paréntesis. La pausa suele ser una paralización o una detención breve, lo que presupone que la acción se retomará en el corto plazo.

Si miramos a disciplinas como la música y el lenguaje, son dos terrenos en los que el inicio y la pausa revisten gran importancia. Llámese obertura, prólogo, prolegómenos, etc., tanto en las obras musicales como en la literatura, el inicio y la pausa dan cuerpo a la obra. Pero en el mundo digital, al cual nos hemos acostumbrado en este encierro pandémico, a la hora de reproducir un archivo digital u otro formato, poner pausa supone parar la

reproducción. Al retomar la misma, se reinicia desde el momento exacto en que se detuvo para la pausa.

Por lo pronto vivimos un mundo antro-po-pausado, por lo menos así pareció al inicio, hasta antes de producir las vacunas en masa. El mundo pareció detenerse y hasta las ciudades se despoblaron y fueron por un tiempo pausadas y pobladas por la naturaleza y los animales desterrados de ellas (Roche Cárcel 2021). Ahora hemos vuelto al tempo allegro, no por ser particularmente alegre, sino por ser rápido, quizás no al acostumbrado tiempo previo a la pandemia, pero aun así lentamente volvemos a la actividad.

Hay muchas expectativas de que este será un nuevo comienzo, y eso esperamos muchos. La esperanza es que no sea con los antiguos hábitos de la aceleración, la falta de diálogo y el impulso por conseguir los propósitos a cualquier costo. El gran *finale* de la obra musical tendría que ser robusto, pleno de los todos componentes de la orquesta. Un epílogo que dé respuestas a las interrogantes de la obra. Somos una gran obra y por eso, al menos esta vez, debemos hacerlo para la posteridad. Una que se recuerde, tal como la humanidad salió de este drama, robustecida y preparada para enfrentar la conservación de un planeta que solo ha entregado bondades para todos quienes lo habitan. Este es por lo menos el deseo manifiesto en esta última Plática desde la Ventana.

Referencias

Adorno, Theodor. *Epistemología y ciencias sociales*. Madrid: Ediciones Catedra., 2001.

Agnew, John. "The territorial trap: the geographical assumptions of international relations theory." *Review of International Political Economy* 1, no.1 (1994): 53-80.

Altbach, Philip, G. "Academic freedom: International realities and challenges." *Higher Education* 41 (2001): 205–219.

Arze Arce, Gonzalo. "El Intersticio como nuevo soporte del diseño urbano de la sociedad contemporánea." *Revista de Urbanismo*, no. 31 (2014): 95-121.

Balbontín, Cristóbal. "El Problema De La Constitución De La Intersubjetividad en el Pensamiento De Husserl." *Alpha: Revista de Artes, Letras y Filosofía*, no. 41 (2015): 251-268.

Berrios, Cristián. "Plan director de la Universidad de Concepción. Emilio Duhart 1957 – 62." *Revista Urbano* 10, no. 16 (2007): 7-16.

Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*. Tr. Ariel Dilon. Buenos Aires: Edit. Siglo XXI , 2008.

Brecht, Bertolt. *Galileo; a play*. New York.: Grove Press, 1966.

Caillois, Roger. *Man, Play and Games*. New York: Free Press of Glencoe, 1961.

Davidson, Joyce, Liz Bondi, and Mick Smith. *Emotional Geographies*. Edited by Joyce Davidson, Liz Bondi and Mick Smith. London: Ashgate Publishing, 2007.

de Cozár Escalante, José Manuel. *El antropoceno tecnología, naturaleza y condición humana*. Madrid: Catarata, 2019.

Fernández Martorell, Concha. *Walter Benjamin crónica de un pensador*. Barcelona: Montesinos editor, 1992.

Ferrater Mora, José. *Ventana al mundo Diccionario para nuestro tiempo*. Barcelona: Anthropos, 1986.

Han, Byung-Chul. *La sociedad de la transparencia*. Trad. Raúl Gabas. Barcelona: Herder, 2013.

Harris, Suzy. "Rethinking academic identities in neo-liberal times." *Teaching in Higher Education* 10, no. 4 (2005): 421-433.

Harvey, David. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Translated by Juanmari Madariaga. Madrid: Akal, 2013.

Haskins, Charles Homer. *The Rise of Universities*. Ithaca: Cornell University Press, 1965.

Huenulef Delgado, Natalia, and Marcela Vargas Cárdenas. "Queremos educación que no lucre y no sexista! ¡Movimiento feminista-estudiantil y prácticas contrahegemónicas en la historia reciente de Valdivia, Chile (2006-2018)." *Revista Izquierdas*, no. 49 (2020): 2777-2800.

Huizinga, Johan. *Homo Ludens: A Study of the Play Element in Culture*. London: Temple Smith, 1970.

Ilian, Ilinca. "La dualidad fantástica: el anillo de moebius de julio Cortázar." *LEJANA. Revista Crítica de Narrativa Breve*, no. 4 (2012).

Iturra, Luis. "El uso de la fotografía para problematizar lo urbano. Transferencias metodológicas, etnografía visual en la enseñanza de arquitectura." *Revista de Arquitectura*, 19, no. 28 (2015): 22-30.

Jacobs, Jane. *The Death and Life of Great American Cities*. New York: Editorial: Random House Usa Inc, 1992.

Jaramillo Echeverri, Luis. "¿Qué es Epistemología?" *Cinta de Moebio*, no. 18 (2003).

Kuhn, Thomas S. *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. México: Fondo

de cultura económica, 2013.

Lefebvre, Henri. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península , 1969.

Lynch, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2014.

Rodríguez, Laura. "La ciudad chilena contemporánea y sus lugares con sentido: interpretaciones desde la teoría del diseño urbano." In *Arquitectura: experiencias y propuestas para la ciudad*, by Centro de Investigación y Desarrollo, 120-131. Guayaquil: CIDE, 2017.

Rodríguez, Laura. *La ciudad como fuente icónica del sentido: practicas discursivas de la cultura geográfica en las ciudades de Buenos aires, Santiago y Valdivia*. Tesis doctoral, Valdivia: Universidad Austral de Chile, 2012.

Rodríguez, Laura, Elisa Cordero, and Mabel Alarcón. "Meta discurso de la Revista AUS: Trayectoria y desafíos." *Revista AUS*, no. 20 (2016): 4-11.

Stevens, Quentin. *The Ludic City, Exploring the potential of public spaces*. London: Routledge, 2007.

Thrift, Nigel. *Non-representational theory space, politics, affect*. London: Routledge, 2008.

Tornero, José, Alejandro Pérez Cueva, and Francisco Gómez Lopera. "Ciudad y confort ambiental: estado de la cuestión y aportaciones recientes." *Cuadernos de Geografía 80* (2006): 147 – 182.

Créditos de las imágenes

Página	
1	Balcón en Lima, Perú (2006). Autor: Laura Rodríguez
8-9	Humedales del Río Cruces, Valdivia (2021). Autor: Elisa Cordero-Jahr
18-19	Parque Santa Inés, Valdivia (2021). Autor: Elisa Cordero-Jahr
24	Río Imperial, Puerto Saavedra (2021). Autor: E Cordero-Jahr
28	Estación Ranquilco, Nueva Imperial (2021). Autor: Elisa Cordero-Jahr
32	Paseo Libertad, Valdivia (2020). Autor: Elisa Cordero-Jahr
36	Río Calle-Calle, Valdivia (2019). Autor: Elisa Cordero-Jahr
40-41	Calle Picarte, Valdivia (2020). Autor: Elisa Cordero-Jahr
44	Paseo Libertad, Valdivia (2010). Autor: Haans Joosten
48	Feria Fluvial, Valdivia (2019). Autor: Elisa Cordero-Jahr
52	Costanera, Valdivia (2019). Autor: Elisa Cordero-Jahr
56	San Pedro, Concepción (2022). Autor: Elisa Cordero-Jahr
60	Mall de Castro, Castro, Chiloé (2014). Autor: Jorge Ramonsellez
64	Calle Cochrane, Valdivia (2022). Autor: Elisa Cordero-Jahr
68-69	Escuela de Arquitectura UACH (2022). Archivo I.A.U. UACH.
72	Puente río Yelcho (2009). Autor: Elisa Cordero-Jahr
76	Puerto de Valparaíso (2022). Autor: Daniel Retamal
80	Estudiante Conservatorio de Música UACH, (2017). Autor: M.Matus
84-85	Barrio Collico, Valdivia (2010). Autor: Haans Joosten
88	Cerámica Irmir Coliseo Municipal Valdivia (2022). Autor: E Cordero-Jahr
92	Volcán Villarrica, Villarrica (2021). Autor: Elisa Cordero-Jahr

Cómo contactar a los fotógrafos

Haans Joosten / imglueck@hannsjooosten.de / <https://hannsjooosten.de/>
Jorge Ramonsellez / j.remonsellez.p@gmail.com /
Marcos Matus / mmatus@gmail.com / <https://mmatus.cl/>
Daniel Retamal / drv1975@gmail.com
Laura Rodríguez / lrodrigeocultural@gmail.com
Elisa Cordero / elisacordero@uach.cl

96	Centro de Estudios Científicos, Valdivia (2010). Autor: Haans Joosten
100	Calle en Valdivia, (2010). Autor: Haans Joosten
104	Edificio Huanchaca, Antofagasta (2022). Autor: Elisa Cordero-Jahr
108-109	Campus U. de Concepción, Concepción (2022). Autor: Elisa Cordero-Jahr
144	Nuevo barrio en Collico, Valdivia (2010). Autor: Haans Joosten
118	Plaza de la República, Valdivia (año). Autor: Elisa Cordero-Jahr
122	Bosque en Quitaqui, Valdivia (2021). Autor: Elisa Cordero-Jahr
126	Calle en Concepción (año). Autor: Laura Rodríguez
130	Plaza de Concepción (2022). Autor: Elisa Cordero-Jahr
134	Calle en Valdivia (2019). Autor: Elisa Cordero-Jahr
138	Campus U. de Concepción, Concepción (2022). Autor: Elisa Cordero-Jahr
142	Escalera en Valparaíso (2018). Autor: Laura Rodríguez
146-147	Estación de trenes, Valdivia (2010). Autor: Haans Joosten
150	Calle en Barrios Bajos, Valdivia (año). Autor: Elisa Cordero-Jahr
154	Calle en Collico, Valdivia (año). Autor: Elisa Cordero-Jahr
158	Río Valdivia, Valdivia (año 2021). Autor: Elisa Cordero-Jahr

Breve biografía de las autoras

Laura Rodríguez es Profesora Asociada (categoría II) e investigadora del Instituto de Arquitectura y Urbanismo, Facultad de Arquitectura y Artes de la Universidad Austral de Chile. Master en Geografía, Syracuse University, USA y Máster en Planificación ambiental, State University of New York. Doctora en Ciencias Humanas, mención discurso y cultura. Su investigación se ha centrado en la construcción de significados en torno al lugar, en distintos distritos urbanos, residenciales, espacios públicos, industriales y financieros, participando en proyectos de investigación como responsable y como colaboradora. Al mismo tiempo ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales, en los cuales ha presentado el resultado de sus investigaciones. Ha sido invitada a dar clases magistrales en seminarios en Irlanda, Ecuador y Perú.

Elisa Cordero-Jahr es Diseñadora Gráfica de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Magíster en Modelado del Conocimiento para Entornos Virtuales de Aprendizaje (Universidad Austral de Chile). Es académica (categoría III) e investigadora a tiempo completo en la Escuela de Diseño de la Facultad de Arquitectura y Artes, de la Universidad Austral de Chile. Ha participado en proyectos de creación y de investigación, nacionales e internacionales, sobre color en arquitectura y paisaje, como responsable y colaboradora. Ha publicado libros y artículos sobre el tema. Ha sido invitada a dar cursos y clases magistrales en Panamá, México y Alemania. Es actual presidenta de la Asociación Chilena del Color, miembro de la ECD (Environmental Color Design Group de la International Color Association) y fue distinguida el 2019 con el sello Mujer y Paisaje por el Colegio de Arquitectos de Chile.



ARQUITECTURA / URBANISMO / SUSTENTABILIDAD



Universidad Austral de Chile
Conocimiento y Naturaleza



FACULTAD DE
ARQUITECTURA Y ARTES
Universidad Austral de Chile



Universidad Austral de Chile
Instituto de Arquitectura y Urbanismo



ESCUELA DE
ARQUITECTURA
Universidad Austral de Chile